

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica

1933

Sábado 21 de Enero

Núm. 3

Año XIV. No. 619

SUMARIO

Ernesto Renán, o la ciencia y la música Eugenio Montes
Las tres mataduras del león heráldico. Los Jesuitas. Mario Sancho
David Crespo Gastelú Fernando Díez de Medina
Francisco Amighetti, notable artista pintor costarricense. F. D. de M.
Selecciones de "Cantilenas" V. García Calderón
Leyenda del Sombrerón Miguel Ángel Asturias
Historia del Sombrerón José Milla
Ventura García Calderón y sus "Cuentos de la Sierra". Piero Pillepich

"Cantilenas" de Ventura García Calderón R. Brenes Mesén
Una vida de Rubén Darío Gabriela Mistral
Estampas Juan del Camino
El alma de las palabras Crisóstomus
Libros y Autores
¿Por qué traduje "Leyendas de Guatemala"? Francis de Miomandre
Visperas. El Pireo Miguel Ángel Asturias

EL ENCANTADOR, ENCANTADO

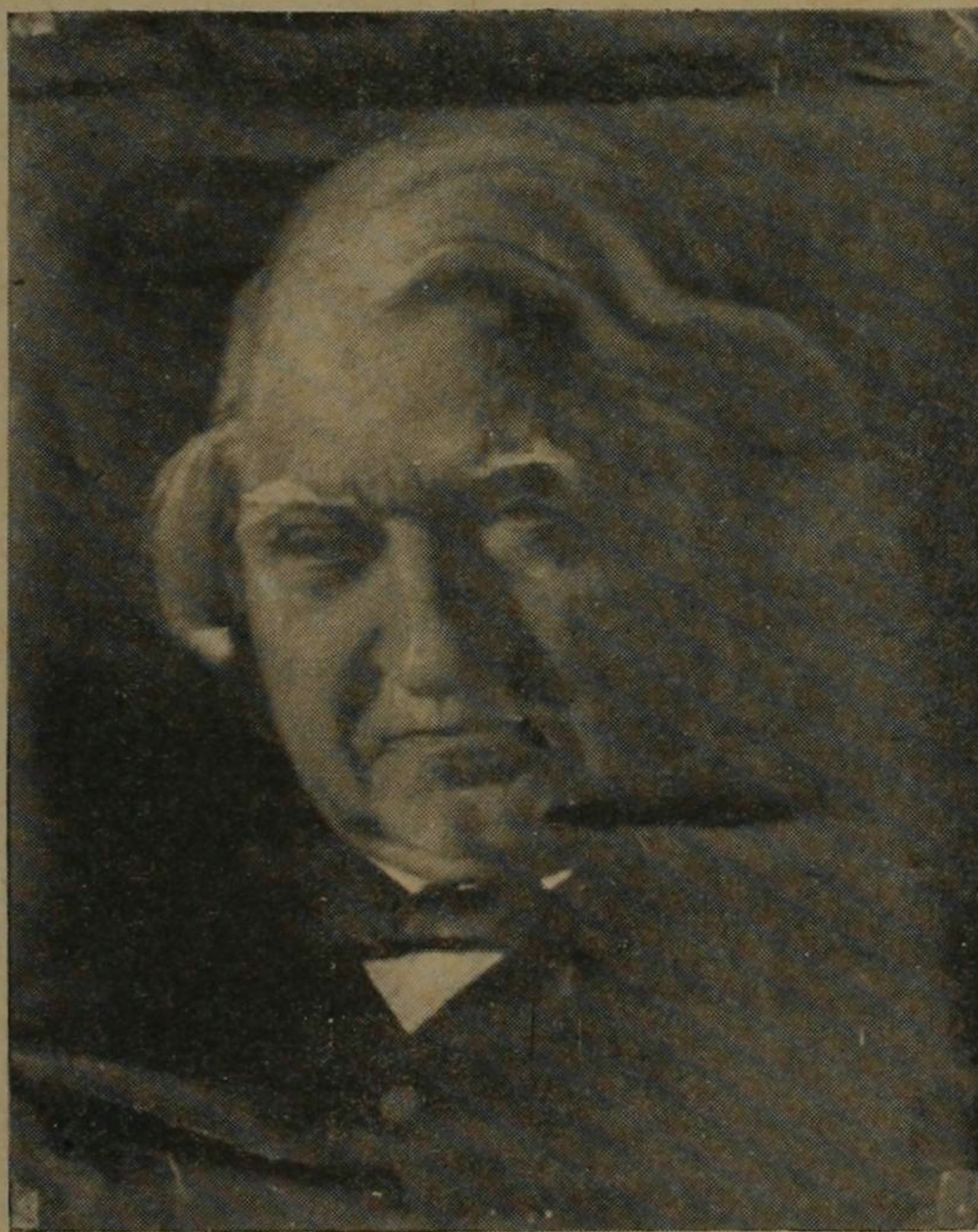
Ernesto Renán, o la ciencia y la música

= De El Sol. Madrid. Agosto de 1932. =

El centenario de la incorporación política de Bretaña a Francia plantea una vez más el tema eterno de la esencia de ese espíritu céltico, atmosférico y vago, que no logra reducir a definición y límite preciso el afán cartesiano del galo de ayer y de hoy. En rigor, el centralismo francés se ha mostrado siempre, a despecho de las apariencias, encantado—así, literalmente, encantado—con el hecho de que el espíritu céltico tome inconcretas figuras de excepción y caso aparte en medio de la regular y mecánica uniformidad de la cultura nacional. Una punta de exotismo va bien a la continuidad de una historia que niega la sorpresa para tener el domingo a la vuelta de cada semana como premio de imaginación y de albedrío al desfile de los trabajos y los días y al mandamiento duro de la jornada dura frente a la impávida matemática del reloj.

Nunca se atreverán a confesarlo los franceses de raza. Pero lo cierto es que aun el más neoclásico de todos los galos siente debilidad por el costumbrismo bretón. Para que todo sea regular en la tierra geométrica de las Galias, conviene que lo excepcional viva en el seno de la regla misma, a fin de que como Boutroux hubiese dicho, lo contingente se inserte en la amplitud elíptica de la ley.

Si al fin la libertad imprevisible ha de existir sobre el planeta, conviene más que esté al alcance de la mano para poder tenerla a raya, teniéndola en la frontera misma, allí donde se puede pasar y repasar, allí donde no impone miedo porque no impone lejanía.



Ernesto Renán

Cuando, interpretando las devociones de su estilo, le dijo Paul Valéry a Victoria Ocampo, ante la fotografía de un cactus pampero: *Je n'aime pas l'exotisme*, en realidad lo que hubiera debido decir es esto: "Yo no amo el exotismo de lo remoto; pero quiero el exotismo de lo próximo, de lo que por fronterizo y cercano puedo casi considerar como mío".

Al inventar castillos sorprendentes, no los ha fantaseado Francia en un aire lejano y desconocido, sino en el ai-

re pirenaico de la España afrancesada del romanticismo, o en el viento de la costa bretona que llega hasta el Poitou románico y el angélico Anjou.

"Un ochavo o diabo sempre se da", reza el refrán portugués de San Gonzalo de Amarante. Allí, en la iglesia donde Teixeira de Pascoes, bajo la luna de todas sus noches sin pupila, oficia al oscurantismo de Lucifer. Pero si hay, piensa el francés, que darle al demonio un sueldo, vale más que no saiga al Extranjero y se

quede en el peto de ánimas de cualquier crucero bretón.

Así, esta Bretaña de las apariciones y las desapariciones; la Bretaña de los duendes y de los fantasmas, de los "pardons" y las romerías, de las campanas náufragas y las leyendas druídicas, es para Francia la moneda de la irracionalidad y la fantasía, la gota de agua que entenece y moviliza los secos cristales de su geometría razonadora. La gota de agua de la sensibilidad y el lirismo. Para acabar, la gota del ensueño y la locura.

Por lo que hay en todo lo céltico de irracional e ingrátido, por lo que tiene de meteorológico y femenino, de temporal y musical, se le presenta Bretaña a Francia como una eterna invitación al viaje, como un eterno alborozo de fiesta y de indisciplina.

De todas las costas que tiene Francia, sólo las de Bretaña tienen imprecisión de niebla y sonos náufragos de campanas perdidas. El mar de Provenza, con su clausura lacustre, de "mediterráneo", o de agua que quisiera ser tierra, le repasa al francés lecciones de limitación y de norma, de serenidad sosegada y clasicismo. Las voces del mar homérico traen majestad y seriedad, estribillo de estrofa que repite y que vuelve, insistencia de liceo y pesadez pedagógica. Es un mar profesoral y aburrido, solemne y retórico, con olas redondas como silogismos, mientras el mar de Nantes y Saint-Malo es un océano vagabundo y bretemoso, movedizo y cambiante, que alude a músicas submarinas y tesoros encantados, islas de las tinieblas y ciudades en marcha y melodías de Debussy

al oído de una flor sobre los hombros de un alga. La pedagogía del Mediterráneo se hace aquí música cautivadora y temblor, danza de espumas y efusión de llanto. Tal y como es—y como no es—, a Bretaña hay que aceptarla y quererla. Casi sin crítica, sin objeción, sin análisis. ¿Quién podría oponerle argumentos al viento? ¿Qué pedante se atreve a refutar una lágrima?

Ni la lágrima ni la sonrisa admiten objeciones, ni tampoco quien está tramado con hilos sutilísimos de contradicción y sentimiento, hilos atmosféricos y marinos, de luz y sombra y de aire y de agua. Así, Ernesto Renán, dulce celta de Treguier, catedrático de ráfagas y profesor de melancolía.

Cuando se relee la obra de Renán y se le examina un poco en serio, uno se pregunta

cómo es posible que generaciones unánimes hubiesen tomado por un filósofo y un científico a quien no fué nunca otra cosa que un quejumbroso gaitero bretón, con el fuelle lleno de músicas celestiales y de armonías.

Pocos hombres menos científicos, menos rigurosos de método, que el ingenio cientifista.

¡La ciencia de Renán! La ciencia de Renán consistía en esto: en reducir la Filosofía a la Historia; luego, en reducir la Historia a la Gramática, y por último, en tomar por Gramática unos cuantos datos falsos de los filósofos alemanes menos documentados y más anecdóticos. *La philologie constitue la grande difference entre le dernes. Pero, ¿qué filología era dernas. Pero, ¿qué filología era la suya? Pobre filología de seminarista desorientado, perdi-*

do en un laberinto de raíces y de dudas.

La duda lo cerca siempre en tal forma, que un día decide tomar su mal por un bien, engañándose a sí mismo, como aquel que se finge libertad en la prisión dándole vueltas a la cabeza para creerse que cambia de paisaje. *Le doute est si beau, que je viens de prier Dieu de ne jamais m'en délivrer.*

¡La duda es tan bella! Era la belleza, y no la verdad, lo que le importaba. Pero la belleza sin verdad no es la belleza de las cosas, sino la del propio espíritu, que se complace en contemplar narcisamente el reflejo fugitivo de la emoción en la conciencia líquida.

Para ser un filósofo o un científico le faltaba a Renán lo esencial, que es la preocupación de lo objetivo. El no ha meditado nunca. No ha con-

tado nunca. A contar, prefería cantar. Y a las cosas, prefería los casos. Los casos de conciencia de ese cura frustrado, que por no poder confesar a los demás se confesaba a sí mismo.

Lo que Renán confiesa, en una página que tiene la autenticidad de lo agónico, es nada menos que el secreto de su raza: *La grande profondeur de notre art est de savoir faire de notre maladie un charme.*

En eso consiste el encanto de Bretaña, y todo el encanto del alma céltica. Es un encanto de eterna enfermedad, indecisa entre la vida y la muerte. Porque los relojes en Treguier están siempre en otoño, y todas sus horas tienen vocación de hojas amarillas.

Eugenio Montes

Las tres mataduras del león heráldico Los Jesuitas

= Envío del autor =

Fuera de los terremotos que han causado varias veces su ruina, la ciudad de Cartago recuerda otras vicisitudes que si bien no tuvieron tanta trascendencia material han dejado honda huella en su espíritu. Entre estas vicisitudes menores, si se nos consiente llamarlas así, están tres que en opinión de casi todos los cartagineses del pasado y de algunos del presente, ya tocan en la categoría de catástrofes: la pérdida de la Capital, la caída de don Jesús Jiménez y la expulsión de los Jesuitas. El 5 de abril de 1823, el 27 del mismo mes del año 70, y el 18 de julio del 84 han sido por mucho tiempo días nefastos en el calendario de la antigua metrópoli. Si no temiéramos parecer irrespetuosos respecto a los prestigios heráldicos con que nos obsequió el Rey Felipe, diríamos que estas tres lastimaduras del alma cartaginesa estaban prefiguradas en las tres barras de sangre de nuestro león rampante en campo de gules. Especialmente la primera y última de aquellas fechas, esto es, el recuerdo de la escaramuza de Ochomogo y el del madrugón que les dió don Próspero a los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, causaron grande desazón en el "ambiente retrógrado, frailuno y mezquino" (1) de Cartago.

Nuestros abuelos se avinieron más o menos pronto a recibir órdenes del hombre nuevo de Bagaces que había desbancado al Presidente coterráneo, pero jamás se resignaron a vivir sin el prestigio de la capitalidad y sin las prédicas edifi-

cantes de los hijos de Loyola. Nosotros alcanzamos todavía a oírlos protestar, llenos de horrible reconcomia, contra la perfidia josefina y contra la maquinación masónica. No se nos tome, sin embargo, lo dicho, literalmente. A riesgo de aburrir al lector con confidencias personales, queremos confiarle que no nos fué dado conocer a ninguno de nuestros abuelos, tanto para que no padezca la verdad histórica, como para que se entienda bien por qué los recuerdos que vamos a contar no se refieren a Tata Carlos como pudieran esperar aquellos que le conocieron gran amigo del General Guardia y de los Jesuitas, sino a la tía Ambrosia, a quien nosotros y todos en Cartago llamábamos familiarmente Mana Bocha. Era nuestra tía abuela una viejecita resabida y sarcástica, con fama de muy leída, que usufructuaba, según vine a explicármelo luego, la erudición de su hermano el Presbítero don José Anselmo Sancho. Nosotros la conocimos muy niños y no obstante la recordamos bien, y aun parécenos verla con el cigarrillo en los labios tronando contra "ese hereje de Próspero y esos sarnas de masones". Mana Bocha iba aún más allá del resquemor que a los otros había causado la expulsión, remontando las cosas a la otra, la de Carlos III, y hasta a la supresión de la Orden por Clemente XIV, "el infame Ganganeli", como solía ella decirle.

El tono reprobatorio de Mana Bocha era entonces el de todos los cartagineses, quienes criticaban al gobierno liberal sobre todo porque había echado a los Jesuitas sin formación de causa, sin oír-

les, so pretexto de que conspiraban contra el orden público. Tal procedimiento, el mismo, sin embargo, que usan estos reverendos con los miembros de su propia congregación, parecíales a los cartagos una iniquidad, y el cargo de sedición el colmo de la infamia.

Poco a poco se han entibiado esos fervores de odio y amor. Ya son pocos aquí los que recuerdan con el disgusto de antes la jornada del 18 de julio. Una que otra antigua familia, de las pocas que han quedado después del terremoto, conserva no obstante fresco el recuerdo de los Padres Jesuitas y echa de menos la sabiduría teológica de Koninck, la elocuencia de Cáceres, el arte musical de Gamero y las excelencias del pincel de Páramo. Por poca simpatía que se tenga a los Jesuitas, aun no teniéndoles ninguna como en nuestro caso, hay que tomar nota de ese hecho como de algo simpático que corrobora y defiende de dudas nuestra fe en que la lealtad no ha desaparecido del todo de la vida de estas gentes. Al través de los años y de las vicisitudes, esas familias se han mantenido fieles al cariño y a la admiración que los Clérigos Regulares de la Compañía de Jesús se ingeniaron en despertarlos.

Se ha temperado el resquemor de la expulsión, la devotería, tan bien hallada antes con las prácticas de los untuosos milicianos de Loyola, ha tenido que contentarse con ministros seglares o con Capuchinos cuando mucho, pero la antigua fidelidad no ha muerto; está allí latente. Ahora lo hemos visto muy claro. Bastó anunciar una serie de conferencias del R. P. Manuel J. Quirós Palma para que levantaran llama esos rescoldos. Corrieron esas almas a sorberle al Reverendo sus palabras, felices de recordar en tal forma los días en que la milicia ignaciana,

(1) Los adjetivos son de don Ricardo Fernández Guardia.

que Buonaiuti llama "cette garde prétorienne, envieuse et presumptueuse de l'Eglise", tenía aquí uno de sus cuarteles. Dos veces al día durante una semana se llenó el templo de San Nicolás para oír al disertador catedrático del Espíritu Santo. Tanto se hablaba de su elocuencia que hasta nosotros fuimos a oírle la primera noche, pensando que se nos deparraba la oportunidad de ver revivir, si no las glorias de Bourdaloue o de Vieyra, al menos las del famoso Nicolás Cáceres, cuyo pico de oro deleitó la ingenuidad de nuestros abuelos.

El Padre Quirós Palma es hombre de gentil prestancia y de suaves maneras, que ilustran a maravilla la idea que nos hemos formado del Jesuíta. Su voz no es desapacible, ni su dicción tiene defecto. Probablemente en la intimidad es persona agradable y sus costumbres de seguro son irreprochables. A pesar de nuestra ninguna simpatía por la congregación a que pertenece experimentamos esa noche buena disposición de oírlo: sin duda, nos dijimos, hablará sobre un tópico social de interés palpitante y nosotros sacaremos provecho o gusto de lo que ha de decirnos.

Debemos dejar constancia aquí de nuestro desencanto: su alocución resultó, tanto o más que su persona, ilustrativa de esa mentalidad jesuítica que cree resolver y aclarar las cosas simplificándolas de un modo pueril y lastimoso, sin ir al fondo de ellas, quedándose siempre sobre la superficie. Ya lo ha dicho don Miguel de Unamuno: "Tratando de entontecer a los demás, los jesuítas se han entontecido ellos. Tratando a todos como niños, ellos se han infantilizado en el más triste sentido. Y hoy apenas hay nada más tonto que un jesuíta, por lo menos, un jesuíta español. Todo lo de su astucia es pura leyenda. Les engaña cualquiera y se creen las más gordas patrañas. Para ellos, la historia, la en curso, la viva, la del día, es una especie de comedia de magia. Creen en toda clase de tramoyas. Leo Taxil les engañó. Y en ellos no agoniza, esto es, no lucha, no vive el cristianismo, sino que está muerto y enterrado. El culto al Sagrado Corazón de Jesús, la **hierocardiocracia**, es el sepulcro de la religión cristiana" (1).

Ya sabemos que estamos incurriendo en grandísima temeridad con nuestros paisanos al citar estas palabras del gran hombre que es don Miguel de Unamuno. Nuestros paisanos tienen por verdad incontrovertible el concepto popular que hace del jesuíta corriente un ser de capacidad sobrehumana y conocimientos universales (muy al revés de lo que pasa en Europa, donde la marca de fábrica jesuítica es considerada como un sello de casi irremediable mediocridad) y se refocilan de platitudes elaboradas con el mismo aire de suficiencia con que resuelven los niños sus pequeños conflictos.

Volvamos al discurso del Padre Quirós

(1) "La agonía del Cristianismo".



cuyos triunfos en el púlpito han sido estos días el tema de conversación de la gente de aquí. El Padre Quirós tocó de soslayo, como si fuera despreciable incidente de sus elucidaciones, el problema social. No dijo una palabra sobre los factores económicos que lo causan y determinan, ni de la justicia que entrañan las demandas radicales. Todo lo que a él interesaba era aleccionarnos a sus oyentes contra las nuevas ideas que, según él, no traen mejora ninguna a la vida de los hombres, sino que son motivo de estériles trastornos y violencias. Nos recordó el ejemplo de la Revolución Francesa que tanto dolor trajo al mundo a pretexto de servir ideales hermosísimos pero engañosos. ¡Cuatro millones de cabezas cortadas!, ese fué el resultado de la propaganda enciclopedista, sentenció para adoctrinarnos en el horror de las ideas nuevas, las cuales causarían, de dejarlas correr, otra hecatombe parecida. ¡Qué bien ejemplificado está en ese argumento el infantilismo jesuítico que reduce todo asunto, aun aquellos de más profundas raíces y justificaciones, al consejo de los frailes de antaño: non movere quieta! ¡Como si pudiera disuadirse a los hombres de hacer lo que es justo y necesario, como se disuade a un niño de un juego peligroso! Y ¿qué decir de esa cifra de cuatro millones a que elevó el Padre Quirós el trabajo de la guillotina en Francia, para asustar a sus oyentes? ¿Habrá que atribuirlo a doctas indagaciones históricas de la Compañía de Jesús o a inspiración de la paloma pentecostesca?

¡Estos buenos Padre Jesuítas! Después de tantas idas y venidas, después de tantas experiencias desagradables, están en la misma. Como los Borbones, no aprenden ni olvidan nada. Parece que se imaginaran todavía en Trevoux combatiendo el filosofismo revolucionario del siglo XVIII la víspera de la Revolución. ¡Pobres! Nada extraño es que los coja la próxima revuelta ocupados todavía en hablar mal de la pasada.

La verdad es que estos jesuítas, que en otro tiempo asustaron tanto hasta ser objeto de leyendas, son de una deliciosa simplicidad. En un mundo que se renueva todos los días, ellos siguen

siendo los mismos, desentendidos por completo de las fuerzas que se mueven a su alrededor, fieles únicamente a aquello que dijo uno de sus generales cuando se les pidió que se reformaran: Sint ut sunt, aut non sunt. (Sean como son, o no sean). Ni siquiera han aprendido todavía la lección de que su espíritu de entremetimiento y dominación en política ha sido siempre la causa de sus dificultades, y si no, véase lo que les ha ocurrido últimamente en España.

A propósito, el Padre Quirós también habló de la República Española. La acusó de haber despojado a los nobles de sus haciendas y preguntó: ¿Quién sabe hoy a dónde han ido a parar esas propiedades? Esta invectiva ha de haber encontrado gran eco entre los conchitos de Taras que le oían, tan celosos de la quieta posesión de sus tierras. A cualquier enterado de las cosas le daría risa, si no lástima. ¿Quiere saber sinceramente el Padre Quirós la destinación de las propiedades quitadas a los nobles de España? Lea la Ley Agraria discutida a puerta abierta y aprobada por la inmensa mayoría en las Cortes Constituyentes. Ahora, si lo que le duele al Reverendo Padre es que los aristócratas holgones no sigan poseyendo esos enormes fundos y dedicándolos únicamente a cotos de caza, donde regalar y divertirse, mientras el pueblo español no tiene tierras en que sembrar y cosechar lo necesario para su sustento, le recomendamos que lea también,—oh!, no haya temor ninguno, que no vamos a indicarle ningún tratadista bolchevique,—le recomendamos que lea al Padre Mariana, un jesuíta como él, pero uno de los pocos jesuítas que se salvaron por milagro del genio de la mortal sequedad de la doctrina jesuítica. El Padre Mariana, hombre del siglo XVI, podrá enseñarle al Padre Quirós, hombre del XX, que "solamente el trabajo continuado legitima la posesión del suelo". Pero, ay!, mucho nos tememos que el Padre Quirós no haga caso de estas sabias palabras, reatado como está a la ley de obediencia que rige inapelable en las filas de la Compañía de Jesús.

Mario Sancho

Cartago, 16 de Enero de 1935.

AMERICA EN EL LIENZO

David Crespo Gastelú

= Envío del autor. La Paz, Bolivia =

Por razón de su verticidad, la influencia occidental se expande hacia todos los confines. Domina, se afirma, resbala, matiza, en continuada resonancia, la vertebración espiritual del mundo.

Pobre en vigor ideal, más rica en materiales energías, la del Norte nos penetra activamente por mecánicos impulsos movida.

Entre ambas calidades habría de fluctuar lo americano: materia, espíritu, que vienen de afuera hacia adentro.

No es ésta, por fortuna, la realidad. Rompiendo férreas leyes, liberándose del ritmo actual, existe, sin embargo, una recia y primitiva fuerza de enérgico vigor, un soberbio terrenal que ciñe en ancho abrazo las oscuras potencias anímicas del alma americana.

"Standard", progreso, "comfort", de afuera. Pero emoción, capacidad artística, belleza, de lo interior. Cuando no riqueza intacta de vernáculos melodías, temario maravilloso de nuestra pictórica, que por nuestra es múltiple, diversa, rica en el colorir.

América, la nuestra, sustentada en espléndidos paisajes físicos. América, la nuestra, animada por profundos sentimientos de fidelidad hacia su magnífica grandeza natural. Tierras que ascienden hacia el cielo; tierras que se recuestan sobre el mar. Cumbre y llano; sierra y pampa. Trópico de las lujuriosas vegetaciones. Altiplano de las profundas soledades.

Si alguna definición hubiera de darse al sentido último de la pintura americana, diríamos que ella debe ser—no lo es aún—esencialmente regional. En lo geográfico, en lo humano, en lo típico, distintas características constituyen lo representativo de las valencias regionales. Interpretar esas calidades, lo que de particular existe en ellas, es hacer pintura americana.

México en Diego María de Rivera; el Perú en Sabogal y en Camilo Blas; Argentina en Gutiérrez Gramajo; y ahora, sin pretensiones, modesto, honradamente afirmado en su arte, David Crespo Gastelú—Bolivia—agudo intérprete de la altipampa boliviana. De la al-



Tata Santiago

Gouache de David Crespo Gastelú

Francisco Amighetti, notable artista pintor costarricense

= Envío del autor. La Paz, Bolivia =

Algunas frases cordiales y expresivas de Joaquín García Monge—el gran animador de *Repertorio Americano*—nos presentan a este muchacho jovial, confiado, pleno de simpatía y de franqueza, que es Francisco Amighetti, joven artista costarricense que nos visita después de haber expuesto con franco éxito en "Los Amigos del Arte" de Buenos Aires.

Afirmado en el cuarto de siglo de experiencia vital, con ese impulso rebelde y enérgico de la auténtica juventud, Amighetti rompió las ligaduras del horizonte natal y se lanzó a rodar por los caminos de nuestra América, sin otro bagaje que su maleta de instrumentos artísticos, algunos cuadros y sin otro aliento económico que las posibilidades de sus xilografías y sus artículos, porque Amighetti maneja tan diestramente el lápiz y los pinceles como la pluma.

Reposa en una inteligente comprensión de arte moderno la producción del joven artista costarricense. Xilografías donde la talla adquiere vigorosa expresión dentro de admirable simplicidad de líneas, porque esto es precisamente el arte de Amighetti: síntesis, sobriedad, exaltación del espíritu esencial de las formas, lejos de todo barroquismo, pureza y sencillez. Lo convincente, en este procedimiento fresco y original para captar versiones inéditas del mundo del contorno, es que justamente en la simplicidad de la línea se afirma la fuerza expresiva del tema. Por eso son deliciosas, plenas de sugerencia—muy arte de nuestro tiempo—las xilografías de Amighetti, donde el claroscuro es tratado con maestría alcanzando diversidad de matices.

En perfecta correspondencia con sus tallas en madera, los dibujos del costarricense revelan esa misma sobriedad, esa parquedad de representación gráfica que, por ello mismo, poseen un agudo sentido del espíritu de la forma. Acaso si la escuela increíblemente sintética de Bagaria ha influido algo—porque Amighetti es muy personal—en estos dibujos, simples planos tan sugerentes y ricos en espiritualidad por lo espontáneo del rasgo. El temario es inagotable: todos los aspectos de la vida, todas sus manifestaciones, reducidas a una interpretación digna de aquello que los críticos llaman la difícil facilidad.

Y sobre todas estas cualidades, el costarricense es americano, genuinamente americano, porque apesar de su amplia cultura pictórica y de tener el dominio estético que da el contacto con las grandes escuelas del arte occidental, su capacidad expresiva se mantiene dentro de una notable personalidad. Ojos bien americanos, saturados de nuestros paisajes, del universo de la vida de nuestras metrópolis, cuando no de las escenas aisladas de los parajes campes-

(Pasa a la página siguiente)

tipampa que se alza más allá de las altas sierras, en el áspero y bravío dorso de la cordillera. Cuatro mil metros verticales.

Meseta de vastedad oceánica en el corazón del Ande, no han teñido aún la paleta los pinceles capaces de dar forma a su tremenda arquitectura, de impetuosa, irregular morfología.

Mundo exterior gravitando duramente sobre los hombres. No misticismo occidental. Temor de Dios que, como en las legendarias teogonías, descansa en la presión cósmica de todas las fuerzas naturales. Fornida roca. Montaña que se yergue. Llanura escueta. látigo del viento.

Elemento vital soportando la presión del contorno físico, el hombre de la altipampa lleva en su interior la limitación de una actitud racial contenida, que no quiere vivir la civilización contemporánea. Orgullo aimara aprisionado en su fiereza, en sus ancestrales vivencias. El residuo europeo habita la urbe. El indio—auténtico poblador altipámpico—se asienta estoicamente en las elevadas mesetas, donde alienta todavía el heroico espíritu de los Apus, creadores de la preterita grandeza americana.

Este sujeto humano que soporta tremendamente la energía física del medio geográfico, y huraño en su sobria soledad, constituye la verdad temática de la pintura de Crespo Gastelú.

Espíritu de la tierra. Pero también espíritu de su poblador. Difícil dualidad que el artista logra en mérito de una concentrada observación, de tenaz, perseverante estudio en inúmeras investigaciones fraguado. De aquí que pueda dar movilidad a un paisaje eminentemente americano, que le es familiar.

No hay "snobismo" ni postura preconcebida. El conocedor acumula materiales; el intérprete los ordena y los configura. Identificado con su arte y con el medio que lo nutre, Crespo Gastelú da espléndidas versiones del alma y del paisaje aimaras.

No acude a viejas técnicas gastados cánones o sabias influencias, valiéndose, por lo contrario, con inteligente com-

prensión artística, de un más dócil instrumento para realizar su obra. Es la suya una pintura elemental, de noble simplicidad, cuyo alimento plástico es frugal, siendo, en mérito de estas condiciones la llamada a expresar este mundo parco, sobrio, patético que es la vida aimará en el ancho escenario de la altipampa. Actitud vital aguda, fresca, espontáneamente captada; ambiente primitivo, seguramente, en permanencia de novedad por lo característico, que encuentra en sencillas formas expresivas su más absoluta posibilidad real.

Por su clara retentiva de lo indígena, el artista, en pocos trazos, con dibujo limpio, nítido, diáfano, precisa los rasgos esenciales de motivos entrevistados mediante fina percepción visual.

Línea depurada, de consumado dibujante, que se rustifica a veces para mejor reflejar la tosca y grata cordialidad del panorama primitivo. Línea hábilmente estilizada que es toda una técnica de estudio psi-

Francisco Amighetti, notable artista pintor...

(Viene de la página anterior)

tres y solitarios. Así, va siendo del marco de sus xilografías y de sus dibujos, tiene algunos rápidos trabajos en color, donde se revela su fina percepción cromática y la inteligente concepción que tiene del folklore americano.

Como si no bastaran todas estas cualidades, Francisco Amighetti es todavía un muchacho de vasta cultura, conocedor de la literatura contemporánea y pluma de condiciones tan ponderables, que varios trabajos suyos sobre crítica artística y literaria han aparecido en "La Nación", "La Vida Literaria" y otras revistas de Buenos Aires, acreditando su capacidad para la crítica y sus sobresalientes dotes de escritor.

Llegado desgraciadamente en circunstancias excepcionales para el país, acaso no podamos tributar al artista costarricense todo el homenaje a que realmente es acreedor—mañana, sin embargo, publicaremos un juicio suyo y un dibujo también suyo sobre Foujita—pero nos apresuramos a anticipar que pese a su estada de breves días, aunque no llegara a exponer sus trabajos, Amighetti desea conocer a todos los pintores y dibujantes bolivianos, para escribir sus impresiones sobre arte boliviano y enviarlas a "La Nación" de Buenos Aires, donde es un colaborador preferentemente acogido.

Retratista afortunado que posee el secreto psicológico en la concisión del rasgo, Amighetti, paisajista fino y de honda expresión, llevará en sus pupilas visiones inéditas de La Paz, que mañana difundirá por el mundo de sus peregrinajes artísticos con ese alisio tan sobrio y original que golpea en todos sus trabajos.

F. D. de M.

cológico. O un secreto para mente desplazados, que tienen a lo decorativo, sin bruscos agolpamientos, es el suyo un

Colores planos, uniforme-poético y dulce cromatismo

que tiene la suavidad, la indefinida tristeza del medio.

Crespo Gastelú abarca diestramente zonas físicas y espirituales. En todos sus lienzos arde la llama suave de la emoción indiana, parca, sobria, en apariencia siempre contenida, siendo, sin embargo, la que más activamente se realiza en relación al lugar.

La vida, el escenario aimara, constituyen esta pintura con la grandeza de su soledad; con la sobriedad de su movimiento. Paisaje, vivienda, indumentaria, actitudes, matices, todo es retenido por este sagaz observador que está creando una sana, vigorosa versión del universo indígena tan recia y singularmente afirmado en lo aimara.

Bolivia en Crespo Gastelú. Pero América en sus lienzos. América, temario artístico de viva riqueza emocional. América, mesurada y enérgica anticipación de una cultura que se nutre en jóvenes y cálidas raíces.

Fernando Díez de Medina

Selecciones de V. García Calderón

= De Cantilenas. Ediciones «América Latina». París. MCMXX =

BLASON

(Sobre un tema de Samaná)

Guand mème!

Cada mañana parte mi Esperanza del Arca incierta en que muriendo vivo.
Cada mañana parte mi Esperanza buscando paz y la rama de olivo.

A la ribera azul de mi añoranza lleva en el cuello un mensaje cautivo; mas la viajera de su lontananza nunca regresa al palomar nativo.

Desde el más alto palo de mesana el alma está, como la hermana Ana, oteando el vasto y funerario mar.

Ay! a despecho de la espera vana salen a naufragar, cada mañana, nuevas palomas de mi palomar.

ELEGIA

A Ernesto Renán, en el paraíso y a una amiga en París.

Yo vine al mundo, Amada mía, en tu ciudad deslumbradora, mas conocí una infancia triste bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país. Se fundían allí todas las razas, como oscuros metales de una estatua, para el universal anhelo de algo nuevo. A mi cuna vinieron a arrullarme con sus cantos soñolientos mujeres de luto y eran los cantos guturales de las agrestes y cálidas noches en su nativo Senegal. Pálidas otras, temerosas como si esclavas fueran todavía, suspira-

ban la queja del oprimido, el yaraví. Pero mujeres blancas como tú, Bien Amada, me hablaron de las hadas que vinieron de lejos, a bendecirme, por el sendero del mar.

Después, cuando con ojos candorosos me formaba del mundo una visión espléndida y falaz, aquéllas me dijeron las historias de los bárbaros reyes que asesinaban a las siete mujeres. A cuentos arios mezclaban la tristeza de sus hogares despojados por mis abuelos implacables. Y en esa resignación aprendí a no resignarme y ese coro decrepito de vencidas en la tragedia peruana, me infundió el funesto y vano orgullo del mayorazgo.

Llegaron, bruñidos e invencibles, a mis riberas, en tiempos casi fabulosos, jinetes que cazaban a los hombres por deporte y violaban a las mujeres sin amor. El relincho de sus caballos estremecía como un áspero son de Olimpo griego; y eran dioses en realidad, dioses de hartazgo, de lujuria, de vino, que a su imagen y semejanza formaron mi alma bárbara.

"O encuentro camino o me le abro", es la divisa del viejo blasón de mi solar. Mas de la hamaca en donde vivo preparando montoneras que sólo ocurren en mi sueño, nunca gobierno mi utopía con la magnífica dureza de mi lejano abuelo corregidor.

Porque es irónico el destino de toda victoria en este mundo, y en la apatía de mis horas peores resucita el lamento de alguna abuela inconsolable. Aquellos

dioses libertinos aprendieron de la raza vencida, la piedad, el don de lágrimas, la desmayada dulzura del perdón. ¡Quién sabe cuántas gotas de sangre indígena en mi sangre! Todos tenemos "manos de marqués" como el poeta, sin confesarlos descendientes de mujeres cautivas que impusieron al amo la poesía de su vencimiento. Sólo por este hervor de sangre mixta, pudimos devolver a la recia lengua su dulzura perdida, volver a Manrique y su impar concierto, cuando solemnes castellanos querían conservarla sin mudanza como una capellanía de otros siglos. El enfático idioma resonante comenzó a reverberar dulcemente en la noche selvática y marina. Toda sombra nemorosa floreció de cocuyos, toda cima de turpial era canto. Y fué así. Bien Amada, como inventamos un calofrío nuevo...

Era después de haber venido por tan luengos caminos, a través del mar amargo. ¡Cuántos viajes, cuántos éxodos sentimentales representa la voz que acierta en Silva o en María! Por largos años nuestro acento despertaba sonrisas. Un hombre vino a España de mi Lima a convertir los yermos en jardines, y lo persiguieron porque era amigo de Voltaire. Algo más tarde, en la misma tierra del abuelo, español, una nueva Inquisición nos condenaba. Toda voz joven y audaz parecía sacrilega. Una Santa Hermandad de hombres de luto vigilaba la lengua; severos alguaciles del buen decir iban en pos de los convictos con su irriso-

ria espada de gramáticos. Y como tantos empecinados circundaban el cadáver del diccionario, imaginamos que en muy cercana hora no llegaríamos a entender su acento rancio, como hoy ocurre cuando hablamos con esos extraños castellanos de Salónica o de Estambul, esos judíos que lamentan, en fabla heterodoxa, la dulzura de una España obsoleta...

Entonces vinimos a buscar, en la fiesta perenne de tu raza, un refrigerio para nuestra inquietud de aventureros. Y yo traje también mi incienso cándido, la aromática mirra de mi juventud, con el asombro de la romería. En tu ciudad deslumbradora he sido el mago moreno y tributario, el "peregrino pálido" del verso que cena langostinos mientras la compañera escribe en el espejo, con el diamante de la sortija, un nombre más. En horas cenicientas o tan alegres, cuando el champaña hierve y canta, París y tu imagen se confunden. No sé si fué la ciudad loca la que adoré en tus rasgos o si ella es sólo un ornamento de tu inmortal frivolidad. Todos sus barrios son jalones de mi itinerario sentimental y todos sus jardines me conocen. Bajo esa alameda del Luxemburgo me confesé a media voz; en el Jardín de Plantas, frente a las águilas desterradas de mi cielo, me abrió su corazón una mujer amada y olvidada; y aquellas altas galerías de Notre-Dame—¡Dios me perdone!—fueron fresca cita para un cálido amor. ¡Oh festines de besos, oh fiestas rubias, caudal intacto de una juventud que dilapida cada mañana su ventura! En la madurez entumecida una bandada de alegrías se levanta súbitamente palpitando con un rumor de golondrinas que se van juntas, y el disperso recuerdo me atormenta como el de la juventud que ya no vuelve.

Pero no, basta de lágrimas: te prometo enmendarme, Bien Amada. Olvidaré en mi flauta rústica todas las notas del yaraví. A ejemplo de tus parques civilizados que obedecen a una oculta geometría, quiero mondar cada mañana el alma bárbara. Me despojaré como un paisaje de Versalles en noviembre, abandonando la hojarasca de mi sensibilidad romántica. Merced a ti conozco ya las exquisitas mentiras y las *calinas* frases que son, en la comedia del sentimiento, más verdaderas que el amor. En tu gracia burlesca y ponderada he aprendido el sutil arte de no entregarme nunca. Tú me apartaste para siempre del florido rito de Margarita y el provincial arrullo de Julieta. Acaso un cielo de París delicadamente gris y rosa, acaso tu ironía, mitigaron mi natural hipérbole. Bajo estelares noches tristes junto al Sena o adivinando una sonrisa tuya en la penumbra, puse en olvido las pasiones "eternas", para sólo buscar la gracia efímera y venial de un amor que tiene reglas como el *bridge*. Te imitaré, te seguiré hasta adquirir lo que no tengo: la alegría invicta de los selectos genios de tu raza. Esas inquietudes que hacían delirar a Pascal y nos envejecen, se alejarán como

falenas de mis sienes cuando tus manos amparen mi cabeza. Tú me enseñarás a coger la flor del mundo aljofarada, sin deshojarla nunca con mis polvorientos dedos de profesor. Ya sólo quiero, como tú, leer novelas que no fatiguen los ojos ni el espíritu. Delicada artífice de labores exquisitamente inútiles—encaje, caricia o ramillete,—tú ahuyentarás mi jansenismo que mide toda felicidad por lo que dura y la desecha gimiendo.

¡Ay! son propósitos tan fugaces como la primavera de París! Vanamente pretendí libertarme de aquella tiranía de la sangre; vanamente por tu Versalles, que parece cuando el otoño lo transfigura el Eldorado vivo de mis abuelos, yo también fuí a sorprender la cita del silvano. Busca en los troncos mi inicial; en alguno de sus laberintos quedan huellas de un ramillete mío. Pero en los bordes de un jarrón de mármol aquellos adolescentes esculpidos que se inclinan para mirar en el fondo el polvo de hojas muertas, son el emblema intolerable de mi juventud que leyó a Becquer.

Compadéceme, pues, Amada mía, si no puedo ser tuyo únicamente; perdóname ¡oh Jubilante! si se marchita en la vigilia mi corona. Hay tantas cosas que me separan de ti, porque son enteramente americanas: paisajes, perfumes, melancolías! Toda la historia de mi infancia trasciende a la opulenta flor del chirimoyo que llevaban las limeñas en sus vestidos coloniales; no queremos probar la miel de Grecia porque nos dió el camuati su más suave delicia; y la calandria nos impide escuchar al ruiseñor. Pero hay sobre todo, Amada mía, tristezas que son únicas. Por los caminos de mis serranías he escuchado cantos quechuas con ninguna de tus óperas comparables. Su desolada cantilena me oprime el pecho hoy mismo; y a través de los siglos, los mejores ingenios de mi estirpe se quejan también con ese acento de alegría desesperada: "Gozad porque el bien se acaba", dicen un indio genial, Rubén Darío y el rey Netzahualcoyotl.

Soy de la raza violenta y buena que todavía mata por cariño. No supe nunca desprenderme de esa túnica ensangrentada que es la pasión en la turbadora alegoría del mito. Oh, Amada mía, el amor es más dulce en mis comarcas y más arrebatada la cólera. Durante un siglo hemos escrito, como decía el doctor Iluminado "con pluma de amor; tinta de lágrimas y papel de pasión". Porque somos apasionados, somos jóvenes. En nuestras selvas—catedrales vivientes y más altas—un Dios o un Numen habitan que son pródigamente niños como nosotros. En mi país Beatrices y Julietas mantienen el dulce raptó, la suave humildad acongojada que yo vi en las anunciasiones de tus museos. No sabes qué dulzura tienen nuestras mujeres para los diálogos de las noches de luna, no sabes qué arte ingenuo de languidez para el diminutivo y el arrullo. La luna misma conserva allí su cándido prestigio. Cuando despunta delicadamente como una

aurora para novias enfermas, un murmullo de suspiros se levanta de cada balcón de Salambó. Sus poetas no son los funcionarios de tus ciudades cenicientas que ganan dinero con sus versos. Vagabundos, *condottieris* o mendigos, en su esclavina quedan reflejos de púrpura. Entre un ciprés y un inausoleo se les ha visto por la noche evocar en versos de letal delicia a la amiga perdida; y otras veces, más allá, gobernaron provincias arrebatadamente, como ese emperador que llevando en la mano rienda y lira sentía subir hasta las cuerdas el desbocado afán de su cuadriga... Mis abuelos fundieron alguna vez tipos de imprenta para fabricar balas con ellos y de un cañón inválido salió el bronce de la campana del convento. Yo presencié la guerra civil cuando era niño. en mis sentidos ha quedado su olor de pólvora y de sangre. Pero también en mis noches solitarias se levanta la imagen de una ciudad remota, polvorienta y casi muerta, donde las horas caen con sonido ritual—sobre plazas lunáticas y por las calles dormidas que atraviesan los gatos como trasgos de una edad medrosa, la sombra de las "ventanas de reja" está encendida de amor.

Y como esta noche de júbilo en Montmartre queda lejana de mis noches lunares, como en la amena fiesta adiviné la tiranía de mis atavismos, he sentido bruscamente, Amada mía—mientras es fácil la risa y dulce el vino,—la flaqueza imperiosa de murmurarte que siglos y páramos y mares dividen nuestras almas enlazadas con este abrazo triste, porque viví mi infancia bajo estrellas distintas, en un raro y lejano país...

París, 1912.

AGUJA DE MAREAR

Vibrante de los flancos al cordaje
se alejó mi goleta de la orilla;
gaviotas augurales de su viaje
palpitaban con la vela amarilla.

¿En cuál Venecia de oro, en cuál Antilla
no desdeñó la paz y el hospedaje,
sólo atenta a la doble maravilla
de un nuevo mar y el futuro celaje?

Alma loca de amor y travesía,
triste de antiguos puertos, todavía
zarpas hoy a Citeres o Estambul;

y el ancla llena de corales muertos,
no sabes carenar en nuevos puertos
las impurezas de la mar azul.

CANTAR DE LOS CANTARES

1º—Por alamedas morenas, por parajes
de mirtos te he visto venir, Esposa mía,
morena como las alamedas. A deshora
llegas, salterio y vihuela de mis noches,
y desfallece mi corazón con el vaivén de
tus caderas. Ven aquí, Esposa mía, para
respirarte.

2º—¿A dónde irá mi desazón que no
te llame? Lágrimas no verteré, quejas no
daré al viento mientras quiera de mí la

que adora mi alma. No pongas ojos rigurosos en la torpe condición de mi desapacible rostro, antes mira y considera mis labios tristes. Os conjuro, luceros; acorred, vientos olorosos: luz y perfume para la primogénita de mi deleite.

3°—Tu cabellera rizada como millares de ajorcas del mismo ébano que mandó fabricar un rey enamorado. Como flores nunca vistas tus orejas que brotaron inesperadamente en la noche de tus cabellos y el perfume de tu sexo como olíbano.

4°—Y dijo la Amada: cercádome han voces de amor y dos manos me dejaron desnuda. Tu cabeza es de león, Amado mío; pero tus ojos son torcaces. Es tu frente una muralla que cien huracanes no abatieron; tu voz fuerte como son de olifante cuando llama al abrigo nocturno a la majada; tus dos hombros como recio palanquín en donde podrías llevarme, inmune, a altanerías y combates.

5°—Y dijo el Amado: ¿qué linaje de gracia nueva me conturba? Cervatillas perseguidas tus pupilas en la espesura de las pestañas y tus ijares como los flancos de lebre que va de caza. Pero ya rompe en el pecho la cólera de vencerte; tus narices palpan como al anuncio de perfumes lejanos y tu boca se entreabre como si hubiera llegado la primavera.

6°—Heme aquí, Rey querido, presa en tu cuerpo; maniatada y sumisa porque desfallezco.

7°—Y la hora es venida, Esposa mía, de estrujar tus dos senos como los odres de vino nuevo y paladearte.

8°—Y heme aquí, Soberano y Bien mío, consentida y propicia a tu regalo como la oveja a la tonsura.

9°—Allégate mejor, tus ojos en los míos, morena mía en servidumbre. He cerrado tu horizonte con mis hombros; y de tu frente como de un cielo huracanado se desbandan ya los pensamientos. Abrego y cierzo callaron, sólo la tórtola está en vela y su querella es sabrosa como tu voz cuando desfallece. Por un minuto más breve que su canto, nada existe para ti sino mi imperio y te adheriste a mi vida como el molusco.

10.—Tu corazón, Amado mío, un atamhor que celebra el regocijo de la fiesta, tu victoria y mi estrago.

11.—El tuyo, un nido con su igual y tímido piar.

12.—Quema mi flanco con el hierro encendido de tu sexo, como para señalar en el rebaño la marca y señorío del amo; cabalga en tu dócil montura y no temas clavar tus rodillas en mis ijares temblorosos.

13.—Pláceme ver tus manos de rapiña sobre mis senos indefensos y tus labios crispados donde ronca una exquisita cólera y tu desdén de jinete bárbaro que tiene prisa de llegar.

14.—Plácenme entonces, Amiga mía, Esposa, tus labios húmedos como las flores en la aurora, más suave que salterios y laudes tu voz alterada y tu saliva tan dulce.

15.—Tus cabellos como cuerdas infinitas de mi salterio y tus dos ojos acurru-

cados y temerosos bajo las alas de las cejas tan foscas y el ázimo fruto de tu escondida viña negra.

16.—Hasta que el alba apunte y nos quebrante, os conjuro, luceros; acorred vientos olorosos; suavidad y perfume sobre mi noche de amor.

LA TEOLOGIA DE LAS ARAÑAS

Como los viejos poetas que no querían ya cantar hazañas resonantes, ven, Fabio amigo, cuando te hayas fatigado de los hombres, a admirar la teología de las arañas. El día es de verano y aquí cerca, junto a un rosal del huerto asistiremos a su retozo y cacería. Son arañas panzudas, regalonas, que buscan flores de sangre o altos ramos para tender su encaje efímero. El viento se lo lleva alguna vez o nuestra mano hostil de de-

miurgos terrenos, se divierte desbaratando estos velámenes diminutos que tejen las obreras pacientes. Pero, grumetes de azul, reparan sin tardanza su red elástica y sensible como el tejido de nuestros nervios miserables que también quieren captar el mundo. En su orilla ondulante como en su yole Mallarmé, con las extremidades delanteras en cruz como Francis Jammes en su casita de Orthez que el viento oreo, esperan deglutiendo o soñando nuestras amigas las arañas.

“La gloria sin el poder,—nos ha prevenido Maurice Barrés,—es la humareda del asado que el prójimo se va a comer”. Y porque ellas son los poetas de lo posible, no quieren imitar a la mosca vocinglera y abúlica, a las libélulas diletanti, a toda la vana orquesta del mediodía. Miremos y admiremos, Fabio amigo, la infinita paciencia con que apostada a la orilla de la vida, la araña atenta y seria, sólo mueve su corona de ojos. Ya llegan girando en el vértigo del día, los insectos bohemios y al tropezar con la fina telaraña es ridícula ciertamente su obstinación de idealistas sempiternos. Porque de malla en malla se trasmite la convulsión a la araña que espera ardiente y lúcida. Y un estremecimiento humano, un espléndido erizamiento feudal, sacude el bochorno de nuestra amiga. Tiemblan sus ocho extremidades como las espuelas de los capitanes en las batallas. Avanza a toda prisa mientras resuena la música desesperada de la mosca que va a morir. Avanza a cogerla delicadamente entre sus dedos de encajera; ya la envuelve y tornasola; en un santiamén quedó la vencida prisionera. Mírala, Fabio, en su mortaja gris, color de polvo. Entonces, siempre joven como los fuertes, nuestra araña remienda los hilos rotos por las inútiles idealistas, infatigable en su tarea predestinada.

Mientras todo danza en el mediodía su zarabanda y acuden nuevas víctimas a esta prisión de luz, meditemos, amigo Fabio, en la enérgica teología de las arañas.

EL BARQUERO NEGRO

Murió aquella alma dulce y bien amada a quien debo el don triste de la vida. Después!... Tantas cambiaron de morada, cuando yo era gentil y apolonida!

Una más cruel y más negra partida marchitó ayer mi juventud dorada; quedóse nocherniega y entumida esta alma que era loca de alborada.

Mañana es siempre más amargo día, mañana es siempre un día más amargo; los remos, por el río del letargo.

presienten ya la ribera sombría; que voy llevando hacia el eterno puerto como el Barquero, mi pasado muerto.

V. García Calderón

Hágase de un ejemplar de *Cantilenas*.
Le cuesta \$ 4.00. Dirijase al Admor. del
Repertorio Americano.

INDICE



12 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Ramón Pérez de Ayala: <i>Los trabajos de Urbano y Simona</i> . (Novela).....	\$ 3.50
Sinclair Lewis: <i>Calle mayor</i> (Historia de Karol Kennicott).....	4.50
José Martí: <i>Los Estados Unidos</i>	3.25
A. Kuprin: <i>Yama</i> . (3 Vols.).....	5.00
Leopoldo Lugones: <i>El ángel de la sombra</i> . (Novela).....	5.00
Luis Jiménez de Asúa: <i>La lucha contra el delito de contagio venéreo</i>	3.00
José Ingenieros: <i>Simulación de la locura</i>	5.00
Francis Hackett: <i>El Rey Barba Azul Enríque VIII y sus seis mujeres</i>	6.00
Ramón Gómez de la Serna: <i>La hiperestésica</i> . (Novela).....	3.50
E. Giménez Caballero: <i>Trabalenguas sobre España</i>	3.25
Ramón Gómez de la Serna: <i>La Nardo</i> . (Novela).....	3.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que
su digestión anda mal.

Desaparecen RAPIDAMENTE con
el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

Ventura García Calderón y sus "Cuentos de la Sierra"

— De Revista de las Españas. Madrid. Mayo - junio, 1932 —

En el peruano Ventura García Calderón la América hispana tiene, por fin, un cuentista de valor excepcional que puede aguantar sin menoscabo el parangón con los mejores que hay actualmente en Europa, y cuya obra—como luego veremos—está alcanzando universal amplitud.

El hecho de que un americano logre tan vasto reconocimiento es halagüeño para todo hombre amante de América, pues indica que los escritores americanos se han dado cuenta por fin de las vastas posibilidades que el medio ambiente les ofrece.

Hasta ahora, es preciso confesarlo, el de la imitación de temas europeos ha sido el camino obligado para todo escritor americano. No pudo sustraerse a esta servidumbre para con Europa ni el más grande poeta, Rubén Darío. Ahora bien, ello era precisamente la causa de que a los europeos nos interesase mediocrementemente la literatura americana, puesto que no encontrábamos en ella el reflejo firme y espontáneo del medio ambiente, vale decir la naturaleza física y el alma continental.

Si hasta parece mentira cómo los escritores americanos desatendieran lo que les rodeaba para sumergirse de lleno en la contemplación de esta vieja matriz de pueblos que es Europa!

Mas parece — lo repetimos complacidos—que los escritores americanos han caído al cabo en la cuenta de que si quieren llamar la atención del mundo no deben ceñirse a la imitación literaria de Europa, por más que les parezca provechosa para la gimnasia intelectual, sino que han de esforzarse en sacar la savia de su propio continente, esposada al hechizo extracontinental, pero ya radicado, "intus et in cute", desde siglos, del idioma viejo de Castilla.

Desde algún tiempo, por suerte, vemos a los escritores—el Blanco Fombona de los **Cuentos americanos**, desde luego; un Horacio Quiroga, en Argentina; Rivera en Colombia—atender a esta tarea, y los nombres citados y otros más que omitimos, nos anuncian ya el despertar de este sentimiento de conformidad para con el medio ambiente, de apego al



V. García Calderón

"Cantilenas"

de VENTURA GARCIA CALDERON

Ediciones "América Latina". (62 rue St. Lazare. París. MCMXX)

= Envío del autor =

Me ha ocurrido ya, muchas veces, transitar a menudo por caminos que creí conocidos y alguna tarde, como entre dos luces, descubrir nuevos paisajes que a pesar de su presencia fiel se habían escapado a mis ojos. Así con libros entre mis libros. Y uno de ellos **Cantilenas**. Una placentera angustia de arte. Ritmo, a ratos obediente al batir de alas clásicas, a ratos libre, con la engañosa libertad de oleajes sobre las playas; pero alerta y llena de gracia, o con dulce carga de un botín de soldado macedonio en Persia, la imagen se nos entra en nuestro mundo para dejarlo más bello y más rico. Escribió su Prólogo con la resina destilada por el fuego de Santa Teresa y recogida en frases temblorosas de amor de perfección.

Su **Blasón** es un ave de esperanza partido del arca de su vida y, aunque nunca retorna con el ramo de olivo, cada mañana parte. Esa **Elegía** suya tiene la aligera melodía, la mariposeante idea del abate bretón que vió en Jesús un hombre, y, pues que Calderón escribe en París, tiene fragancias limeñas este su estilo de turpial en parque parisién. Es la gracia melancólica, dolorida del goce intelectual de quien comprende la efimeridad de las cosas que murmuraran en los oídos de la civilización victoriosa de hoy los secretos permanentes o fugitivos de las civilizaciones del ayer.

Este noble entendimiento ha paseado su señorial, circundante comprensión por las ciudades de España o de Persia, de Francia o de los Andes con su sola **Aguja de marear**, que es joya maravillosa entre las otras maravillas de la urna del otoño, que este Khayam andino llamó **Cantilenas**.

Su amor por el Otoño es tan sincero que me parecería contagioso, si no hubiese padecido yo mismo la fascinación del crisoprado de sus ojos y la caricia alterada de las rosas amarillas y las hojas áureas quemándose en los incensarios oscilantes de las tardes octubrales.

Al borde de esta urna donde rutila el diamante de la **Aguja de marear** y los quince rubíes del **Cantar de los Cantares**, la rubénica perla de **El Barquero negro**, la corona de ojos de la **Teología de las arañas** yo he visto las sonrisas fraternales de Baudelaire y de Wilde, de Darío y de Renán, de Khayam y de Verlaine. Fraternidad de arte en medio de una individualidad que encanta, así etérea, esquiva, con dejos de raza que se sabe antigua. ¿Pues no hubo una civilización peruana doce mil años hace? ¿Y no hubo otra más noble aún, setenta mil años ha?

¿Por qué no suponer que este señor, juzgándole por su arte exquisito, por su filosofía que tiene el prestigio argentado de las cenizas de las rosas de muchos climas ha visto pasar delante de sus ojos la milagrosa visión de setenta mil otoños, una simple mañana en la vida de los Andes?

R. Brenes Mesén

Northwestern University.

terruño, de rebusca de la sugestión y emoción territorial. Es Ventura García Calderón, empero, el que hasta hoy día parece haber ahondado más en el espíritu, socavado más en la mina física y anímica de América. En su obra, él no se limita a lo superficial y anecdótico, como por ejemplo, en la de otro peruano insigne, Ricardo Palma, sino que cala adentro, penetra hasta el nervio íntimo, hasta el tuétano del Perú terrestre y humano, el Perú de los Andes y la Sierra, el Perú de los indios y los conquistadores.

Por estas razones, luego de aparecer, traducidos, en París, sus **Cuentos de la Sierra**, despertaron un verdadero clamor de elogios en la prensa parisiense. Los más esclarecidos críticos y escritores franceses apuntaron en Ventura García Calderón un escritor de recio temple, señalaron en su obra la revelación de un trozo del mundo mal conocido hasta entonces, y el cual, bajo el sortilegio del escritor adquiría de golpe los contornos hechiceros de un país encumbrado en el mito o la epopeya...

En París, pues, fué consagrada la fama de Ventura García Calderón como maestro del cuento exótico.

Desde entonces parece que sus **Cuentos de la Sierra** se están vertiendo a todos los idiomas, pues nos llega ahora a manos la traducción en lengua croata: **Prac' Prasume**, reza el título, bastante curioso, cual si fuese él mismo otra frase en algún dialecto indio...

Injusto sería ahora desconocer lo que hay de verdaderamente grande en este escritor, creer tan sólo que el nombre mágico de París pudo hacer de espejuelo a los demás editores extranjeros, pues García Calderón es de veras un cuentista extraordinario, además de admirable intérprete del alma peruana.

Quien está leyendo sus **Cuentos**—entramos aquí en su análisis—no puede sustraerse al encanto que de ellos dimana. Por más que crea uno haber vuelto algo "dupe" de la maestría literaria del narrador, de las cualidades de estilo que su obra comporta—un estilo extremadamente concentrado, del que está excluido

(Pasa a la página 47)

Una vida de Rubén Darío

= De El Mercurio. Santiago de Chile =

Francisco Contreras, el buen chileno y el buen americano del "Mercure de France", ha publicado la biografía cabal y colmada de Rubén Darío, que ya venía siendo una deuda atrasada de nuestros escritores hacia el Maestro.

La obra sale de una mano ejercitada en la crítica literaria durante veinte años, en la grande, que es la crítica sin histerismos de admiración ni de aborrecimiento, y de la que Francia ha sido y sigue siendo la enseñadora. Enseñadora, ella, de aquellos que pueden aprenderla y que son, de una parte, los capaces de labor bibliográfica tiesa y dura, y, de otra, los de naturaleza sana que no inficionan un trabajo crítico con su propio humor ponzoñoso.

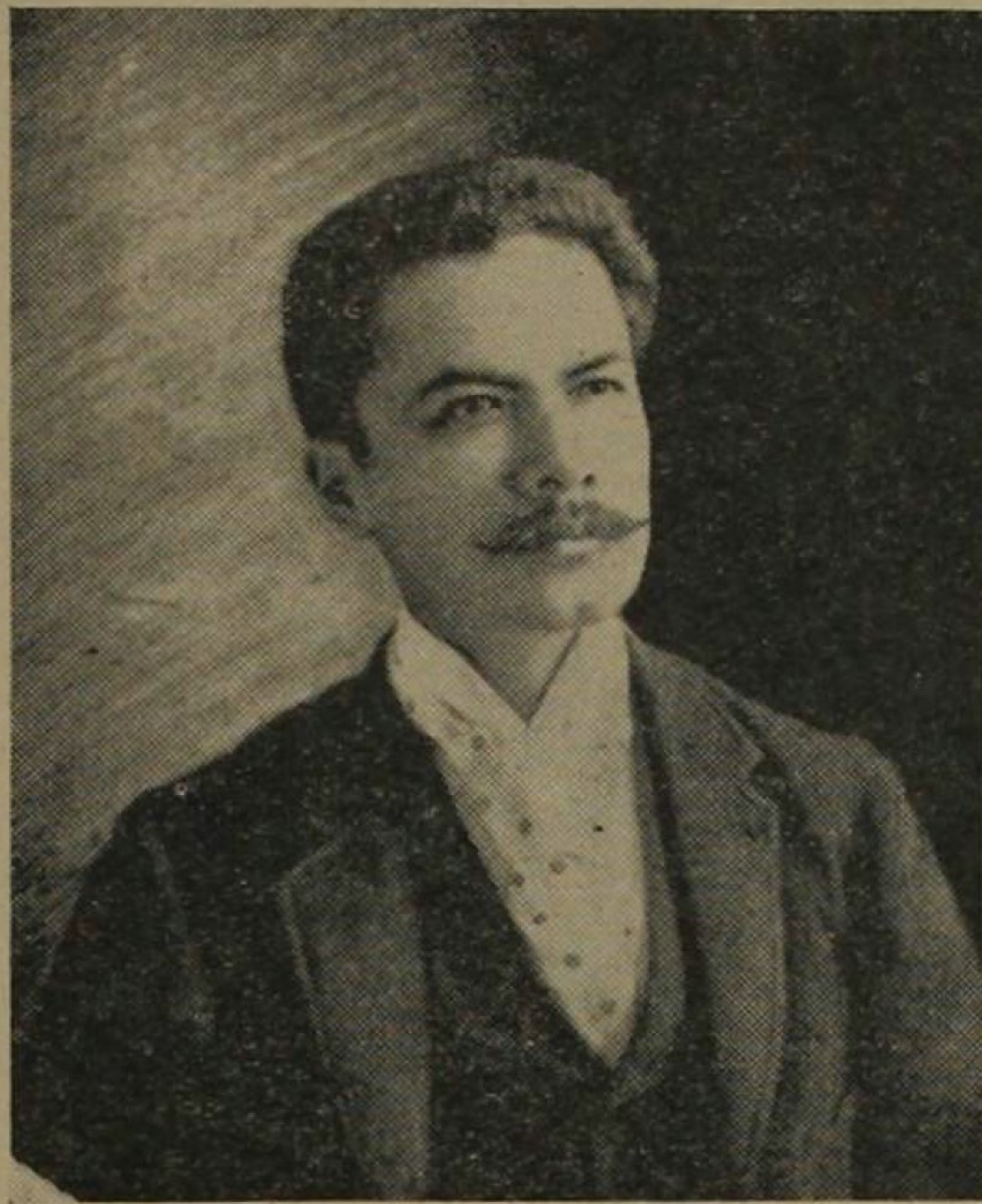
Rubén Darío, que todo lo fecundó y de todo proveyó a nuestra raza (poetas, narradores y críticos), andaba por ahí con su pobre nombre llevado y traído en artículos de buena o de mala voluntad, más o menos extensos, más o menos anecdóticos, de anécdota veraz unas veces, desfigurada las más y también perversa.

La filialidad literaria, tan común en una Alemania joven que se ha puesto a montar guardia celosa en torno de su Nietzsche, o en una Provenza vieja, que ceda, como la niña de sus ojos, la vida de su Mistral; la filialidad de las gentes europeas que saben lo que significa para su propia estampa fijar de una vez por todas la verdad acerca de sus maestros, es cosa que en nuestra América está todavía en puro agraz.

En tres ocasiones solamente yo he sentido que el Rubén que me servían era el legítimo, el Rubén que no tuve la fiesta pascual de conocer: una fué en la conversación de Manuel Ugarte, hombre aseado en la conciencia literaria como en las otras, y cuya mano trata sin tiznar su asunto americano; otra fué las charlas familiares que tuvimos Lolita de Turcios, la santa hermana de Rubén Darío, y yo, en el San Salvador de nuestro encuentro; la otra es la lectura de la obra de Francisco Contreras, más lo que de su boca recogí hace años en su casa, contenta de escuchar en acento chileno cosas nobles sobre Darío.

—Es malo deber—me decía una vez Pedro Prado, explicándome la malquerencia de algún deudor. La sensación de servicio es nociva de sentir para algunos porque les irrita, y ya en esta irritación comienza la llaga.

Me he acordado de estas palabras muchas veces a propósito de Darío. No sólo dió mucho, sino que casi nadie se libró de recibirle; hasta a pesar suyo le recibieron, y lo regalado eran cosas fundamentales como "ojos nuevos" y "orejas nuevas", y algún trueque de entraña, de modo que tales presentes durables no se pueden negar ni olvidar.

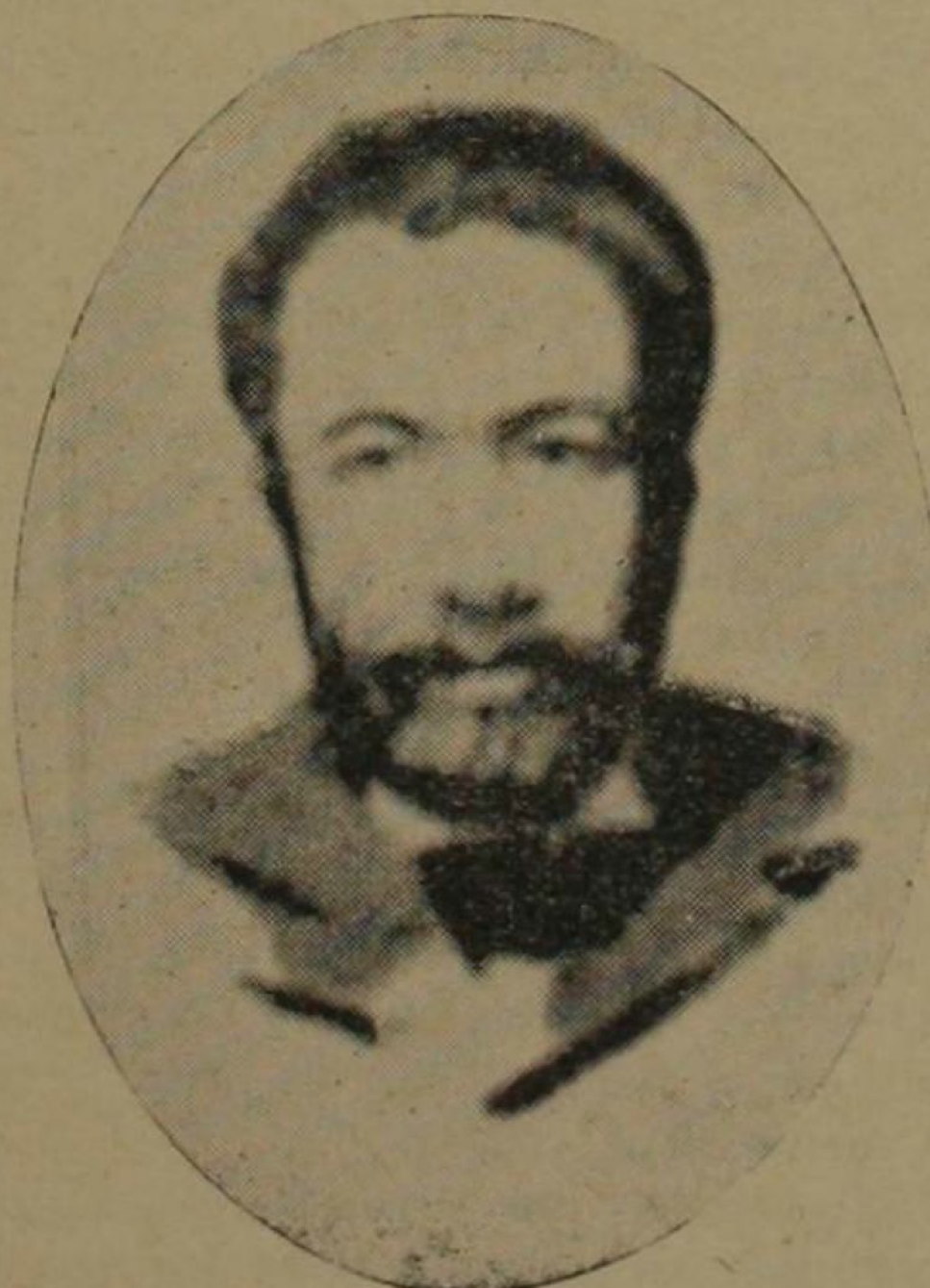


Rubén Darío, a los 25 años; como era cuando estuvo en Costa Rica. (1892)

Una biografía de Rubén Darío de este tono sereno, de esta visión completa de conjunto y de detalle, no nos la esperábamos pronto, sin embargo, aunque la estuviésemos necesitando. La gesticulación en torno del Maestro, la favorable y la adversa, no han pasado todavía, y este manoteo doble conturba al mejor crítico y le vuelve la cabeza a derecha e izquierda, rompiéndole la derecha útil de la mirada.

La obra de Contreras se halla dividida en dos porciones desahogadas sobre la Vida y la Obra, y cada una de las partes ha sido tratada con un orden y una claridad que llamaríamos "docentes", si la noble palabra no estuviese tan envilecida.

Creíamos sabernos bien esta Vida, de tanto chismecillo como nos ha corrido



Rubén Darío, a los 29 años.

(Dibujo de Schaffno)

por la oreja sobre los cuarenta años del Maestro. Lo peor en estas cosas no es estar en ayunas de noticias sino haberlas recibido a tontas y a locas, es decir, de tontos y de pícaros.

Al fin tenemos aquí, articulada de modo que nada útil nos falte, la existencia del hombre nacido para nosotros en Nicaragua, zarandeado en una docena de países nuestros y claveteado como un pobre quetzal en el cartón frío de Europa, —para bien suyo, creía él;—para su bien y para su mal, por iguales partes, decimos nosotros ahora, los criollistas. Aquí están, en la cumplida biografía, los tres casamientos, que llamaríamos mejor "casorios", por lo mal hechos: bien seguidos están los viajes en busca de dineros americanos que nunca dieron de vivir, porque no eran estables y si lo hubieran sido, no le bastaran al amiguero dispendioso que fué siempre y el carácter noble, el natural caballeroso guardado a pesar de enfermedades y pobreza, para acoger a los amigos—a los de su jerarquía, a los medianitos y a los ínfimos—, dándoles su tiempo liberalmente; la manera reservada sin perfidia mestiza, y el rebotamiento de la alegría en las noches de "copas"; la lengua de hombre pulcro, desprovista de obscenidad y de injuria, rara en español pirenaico o ultramarino. Toda la menudencia valiosa del trato que sirve para informar y sugerir, se nos entrega aquí desmenuzada abundantemente. Son cosa de agradecer al "memorioso" que las supo guardar, y al acumulador de datos que las ha escogido en montaña anecdótica. Cuenta a su Maestro con precioso pudor, Francisco Contreras y, a la vez, sin pujos de defensa protectora; refiere lo honorable de aquella vida y señala lo feo sin dejar ahí el índice pegado, y no tiene vergüenza de ser tierno muchas veces y de desenterrar a su Lázaro como Jesús al suyo, descompuesto de sepultura, con los ojos húmedos. El lector dice lo que los otros: "Ved cómo le quería". Mejor es que desentierren así los del oficio crítico que como J. J. Brousson lo hizo y lo sigue haciendo. El que mucha podre saca, tiene cierto gusto de ella, y parece que la aumenta en su mano.

Rubén Darío arrastra todavía una reputación que no alcanza a la de poeta maldito, pero sí a la de alcohólico empedernido, o sea, a la de hombre desmoralizado.

Hasta qué punto fué Darío un alcohólico, hasta dónde dió largos años a la bebida, yo no lo sé a pesar de todas las confidencias fáciles que de él nos han hecho sus compañeros. Sabemos, eso sí, que un hombre de botella cotidiana no deja detrás treinta y cinco volúmenes; sabemos que un alcoholismo radical elimina toda posibilidad de trabajo, y, es-

pecialmente, de un trabajo de calidades; sabemos que la abulia alcohólica más los delirios que van llegando, disuelve al ebrio como un jabón en una baba buena para nada, y sabemos que un hábito alcohólico pulveriza al mismo tiempo que el cuerpo, el decoro personal, y nuestro Darío frecuentó gentes e hizo vida social la mayor parte de su tiempo de Europa y de América, y no fué rechazado en esos círculos como harapo sucio. La embriaguez de Darío, precisa decirlo, no fué más allá de la embriaguez del hombre de nuestra raza, y, con ella, de la inglesa y la rusa que forman el trío de este frenesí.

Verlaine dejó menos labor, también menos Poe, es decir, aquellos que para el vulgo comparten el tabladillo de la embriaguez grotesca. En vez de esto tuvimos en Darío un trabajo constante de escribir; otro cotidiano de leer para informarse. Leyó lo clásico sustancial y leyó todo lo moderno; tanto leyó que no hemos tenido cabeza más puesta al día que la que nos prueban "Los Raros" y los libros numerosos de crítica literaria.

Después del hábito laborioso, que es por sí solo una forma de moralidad, hay que anotarle a Rubén Darío la hidalguía perfecta en las relaciones literarias, otra señal fuerte de moralidad. Hombre lavado y bien lavado fué éste de la clásica envidia española estudiada por Unamuno, y de la otra envidia en fiebre palúdica, del mestizaje latinoamericano. Lleno de derechos al desdén, por estar colmado de capacidad verdadera; cabeza confesada de vasta escuela literaria, aristócrata, y nato, a lo largo de su obra sin caída, a nadie desdeñó en la masa de sus seguidores; a ninguno quiso aplastar con su nombre de viga madre literaria; a ninguno le rasó la alabanza cuando la merecía. Más alabó de lo que debía hacerlo un escritor de su tamaño, en esas crónicas cuyas disminuidas y despreciadas precisamente a causa de una prodigalidad atarantada.

El pudo decir de sí lo que Whitman, que no fué generoso, se aplicaba a su gusto: "Yo riego las raíces de todo lo que crece". La naturaleza del maestro, en el sentido paternal, la llevaba visible Darío: confortó a cuanto escritor tuvo cerca; dió, desde el apretón de manos hasta el abrazo efusivo, a cuanta larva

de letras se le cruzó en el camino; excitó a los jóvenes y les dió paridad a los maduros, lo mereciesen o no lo mereciesen unos y otros. Sentía un gozo de veras de jardinero multiplicador de especies, y una efusión de patriarca que cuida y mimica carne salida de su carne. Posiblemente reside en esta cordialidad del gremio la moral verdadera del artesano de letras, y la única que debamos pedirle. Las otras morales las pide la religión y no nos toca cobrarlas a nosotros.

La parte crítica de la obra de Contreras ha sido cuidada como de quien la escribe y para quien la escribe. Ocasión lujosa es la de hacer un estudio largo de Darío para hombre de profesión juzgadora. Contreras ha aceptado los dictámenes sustanciales que corrieron y corren sobre Darío, dejando así opinar a la época, que su derecho tiene; pero su propio juicio es casi siempre el que mejor sitúa la pieza estudiada. A Dios gracias, el libro no se nos queda, como otros del género, anegado en pastos de citas reiteradas y empalagosas. El autor corriente de estudios literarios aparece o como respetuoso amilanado por el respeto, o como un perezoso que acarrea demasiados escombros de construcciones ajenas. Hay pocas cosas más antipáticas para un lector que esa albañilería confusa y pesada de las referencias ajenas inacabables.

El libro de Contreras va a servir, esperémoslo así, como un molde paterno para los análogos que nos faltan y que irán llegando, *Vidas de José Martí*, de Palma, de Nervo, etc. El molde se trae excelencias que nos faltan por allá; la naturalidad, abajadora de la cresta inútil en el elogio literario; la verdadera escritura crítica, que es anti-lírica y neutra como los vitrales blancos; el tratamiento suave-firme de la mano, que no se afloja demasiado ni aprieta tampoco la pieza que es de "tratar" y no de atormentar.

La obra de Contreras vale por el mejor de esos cursos de conferencias sobre los clásicos que se oyen en las Universidades europeas o norteamericanas. Los vale, gracias al tono apaciguado, próximo a lo docente; los vale, por el acopio abundante y la ordenación escrupulosa de la materia, y los vale, particularmente, por la equidad sostenida como un pulso leal a lo largo de la biografía como del estudio literario. Yo la utilicé en mis clases de los Estados Unidos y me sirvió preciosamente.

A propósito, es tiempo ya de ir pensando en unos **Cursos Rubén Darío** para las Universidades españolas y latinoamericanas y las secciones de español de los de Estados Unidos. Hay "Cursos Calderón", Lope de Vega, Garcilaso y Góngora, y nos retiene un poco la idea del "Curso Rubén Darío".

La retención nos viene de que aun no corre por las canales toda la necedad profesoral y crítica que corrió quince años sobre el Maestro. Se nos enreda todavía la lengua al decir ciertas frases

que podemos pronunciar a todo paladar y toda garganta, la dicha por Benavente hace mucho: "Rubén Darío es el primer poeta de la lengua, ni más ni menos". Dicho eso, tanto para los demás como para nosotros mismos, cumpliremos enseguida la obligación de honra máxima que es la de esos cursos especializados.

—"Un reformador de la lengua"—decimos, y debemos decir que es el mayor de los habidos, si hubo otros de su clase. "El más grande poeta latino-americano", decimos, y es como marcar la uva en el gajo y no en el racimo. Hay que decir: "El mayor poeta en castellano". Garcilaso, hacedor de *Eglogas*, no da con ellas solas bulto para cubrirlo, Jorge Manrique tampoco da con el patético de las *Coplas* masa con que desplazarlo; solamente el Romancero puede ponerse como peso honorable en el otro platillo de la balanza.

Sin miedo, pues, digamos cada vez, que se presenta la ocasión "Rubén Darío, primer poeta del habla y padre de la poesía española del siglo XIX". Esos regateos, se llaman de otra manera: miserias se llaman y comezones de envidia.

Han dicho a Contreras que su excelente obra llega, por desgracia, en un momento en que al modernismo se le descascara el dorado malo y se desmorona entero. Ciertamente que los fervores histéricos han pasado, que el modernismo, que nos dió cuanto trajo en la entraña de bienes y males, ya no muestra colores prósperos. Pero no hay que olvidar que bien nos lo aprovechamos, devorándole, desde la carne inferior, hasta el tuétano de oro. Es el caso de contestar a los que declaran el modernismo barrido, porque no lo ven, lo que declararon los comensales honrados al que llegó tarde al banquete preguntándoles por el buey:

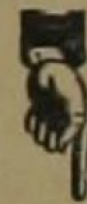
—"¡Nos lo comimos!"

Aprovechado en lo que de bueno trajo, el modernismo está despedido en el resto que era superchería. Es honrado confesar que le debemos alguna sangre, algunas sales útiles, algunas electricidades vivas, que nos han servido para las otras cosas que ahora nos muestren: americanismos, futurismos, dedaísmos y... neoclasicismos. Nos lo comimos, al buey rebusto, que ya no humea en el fuego, y está en nosotros...

Gabriela Mistral

Santa Margherita, enero 1932.

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

Gracián: <i>Páginas escogidas</i> . (Pasta)...	4.00
Maurice Maeterlinck: <i>La maravilla de lo infinito</i> . (Inmensidad del Universo. Nuestra tierra. Influencias siderales)...	2.25
Eckermann: <i>Conversaciones con Goethe</i> . 1-2-3. (Pasta)...	6.00
Franz Werfel: <i>Juárez y Maximiliano</i> ...	6.00
Plotino: <i>Las Enneadas</i> . (4 Vols.)...	15.00
Ramón del Valle Inclán: <i>Farsa y licencia de la Reina Castiza</i> ...	3.00
Wells: <i>El alimento de los dioses</i> ...	3.25
Wells: <i>La dictadura de Mr. Parham</i> ...	3.50

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.

INDICE



OBRAS DE STEVENSON (Pasta):

<i>La resaca</i> ...	3.00
<i>Tres narraciones maravillosas</i> ...	4.00
<i>Aventuras de un mayorazgo escocés</i> ...	3.50
<i>La casa solitaria</i> ...	3.00

OBRAS DE OSCAR WILDE (Pasta):

<i>Intenciones</i> ...	3.50
<i>El alma del hombre</i> seguida de otras...	3.50
<i>El crimen de Lord Arturo Savile</i> y otros cuentos...	3.50

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.

Legenda del Sombrerón

= Del precioso libro *Leyendas de Guatemala*, de Miguel Angel Asturias. Ediciones Oriente, 1930. Guatemala =

El Sombrerón recorre los portales...

En aquel apartado rincón del mundo, tierra prometida a una Reina por un Navegante loco, la mano religiosa había construido el más hermoso templo al lado de las divinidades que en cercanas horas fueran testigos de la idolatría del hombre, el pecado más abominable a los ojos de Dios, y al abrigo de los vientos que montañas y volcanes detenían con sus inmensas moles.

Los religiosos encargados del culto, corderos de corazón de león, por flaqueza humana, sed de conocimientos, vanidad ante un mundo nuevo o solicitud hacia la tradición espiritual que acarreaban navegantes y clérigos, se entregaron al cultivo de las bellas artes y al estudio de las ciencias y la filosofía, descuidando sus obligaciones y deberes a tal punto, que, como se sabrá el Día del Juicio, olvidábanse de abrir el templo, después de llamar a misa, y de cerrarlo concluidos los oficios...

Y era de ver y era de oír y de saber las discusiones en que por días y noches se enredaban los más eruditos, trayendo a tal ocurrencia citas de textos sagrados, los más raros y refundidos.

Y era de ver y era de oír y de saber la plácida tertulia de los poetas, el dulce arrebatado de los músicos y la inaplazable labor de los pintores, todos entregados a construir mundos sobrenaturales con los recados y privilegios del arte.

Reza en viejas crónicas, entre apostillas frondosas de letra irregular, que a nada se redujo la conversación de los filósofos y los sabios; pues, ni mencionan sus nombres, para confundirles la Suprema Sabiduría les hizo oír una voz que les mandaba se ahorraran el tiempo de escribir sus obras. Conversaron un siglo sin entenderse nunca ni dar una pluma, y diz que cavilaban en tamaños errores.

De los artistas no hay mayores noticias. Nada se sabe de los músicos. En las iglesias se topan pinturas empolvadas de imágenes que se destacan en fondos pardos al pie de ventanas abiertas sobre panoramas curiosos por la novedad del cielo y el sinnúmero de volcanes. Entre los pintores hubo imagineros y, a juzgar por las esculturas de Cristos y Dolorosas que dejaron, deben haber sido tristes y españoles. Eran admirables. Los literatos componían en verso, pero de su obra sólo se conocen palabras sueltas.

Prosigamos. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos, como dice Bernal Díaz del Castillo en *La Conquista de Nueva España*, historia que escribió para contradecir a otro historiador; en suma, lo que hacen los historiadores.

Prosigamos con los monjes...



Historia del Sombrerón

= Contada por José Milla en su novela *El Visitador*. Tomo I de las «Obras completas de don José Milla». Guatemala. E. Goubaud y Compañía. editores 1897 =

Pues habéis de estar y estaréis que éste era un español muy pobre, llamado don Juan de Orena, que poseía unas tierras en las inmediaciones de la laguna de Panajachel. No las había poblado de ganados, por falta de dineros con que comprarlos, y estaba reducido a ocupar sus tierras con unas pocas cuerdas de milpa, que la mayor parte de los años se le perdían, sin producir nada. Cansado al fin de tanto trabajar de balde, una noche, desesperado, se salió del rancho en donde vivía y se fué por los montes dando voces y llamando al diablo.

El pobre don Juan de Orena gritó y gritó y gritó por los montes, hasta que al fin de entre unas peñas vió salir un hombrecillo delgado, con unas piernas muy largas para su cuerpo, las espaldas y las caderas muy anchas y una gran cabeza que desaparecía enteramente bajo un enorme sombrero, picudo y de alas muy anchas.

—Pues ése era el Sombrerón, como quien no dice nada.

—Ni más ni menos. El Sombrerón, que iba a ver para qué le llamaba el español. Le refirió éste su cuita: dijole cómo había trabajado tantos años sin el menor provecho y que desesperado ya, estaba resuelto a hacer pacto con él y entregarle su alma dentro de tres años, siempre que le diera desde luego muchas, muchas riquezas.

El trato quedó firmado esa misma noche, y el Sombrerón puso por condición precisa que a nadie había de regalar el español cosa alguna de lo que él le diese.

Pues no faltó. Al día siguiente amaneció el rancho de Orena cambiado en una hermosa casa: sus tierras pobladas de ganados y las milperías convertidas en siembras de trigo. Tenía un buen molino y muchos esclavos; era un hombre poderoso y todos le saludaban con respeto, llamándole señor don Juan. El español se había vuelto orgulloso con la

(Continúa en la página siguiente)

Entre los unos, sabios y filósofos, y los otros, artistas y locos, había uno a quien llamaban a secas el Monje, por su celo religioso y santo temor de Dios y porque se negaba a tomar parte en las discusiones de aquéllos y en los pasatiempos de éstos, juzgándoles a todos víctimas del demonio.

El Monje vivía en oración dulce y buenos días, cuando acertó a pasar, por la calle que circunda los muros del convento, un niño jugando con una pelotita de hule.

Y sucedió...

Y sucedió, repito, para tomar aliento, que por la pequeña y única ventana de su celda, en uno de los rebotes, colóse la pelotita.

El religioso, que leía la Anunciación de Nuestra Señora en un libro de antes, vió entrar el cuerpecito extraño, no sin turbarse, entrar y rebotar con agilidad midiendo piso y pared, pared y piso, hasta perder el impulso y rodar a sus pies, como un pajarito muerto. ¡Lo sobrenatural! Un escalofrío le cepilló la espalda.

El corazón le daba martillazos, como a la Virgen desustanciada en presencia del Arcángel. Poco necesitó, sin embargo, para recobrarse y reír entre dientes de la pelotita. Sin cerrar el libro ni levantarse de su asiento, agachóse para tomarla del suelo y devolverla, y a devolverla iba cuando una alegría inexplicable le hizo cambiar de pensamiento: su contacto le produjo gozos de santo, gozos de artista, gozos de niño...

Sorprendido, sin abrir bien sus ojillos de elefante, cálidos y castos, la apretó con toda la mano, como quien hace un cariño, y la dejó caer en seguida, como quien suelta una brasa; mas la pelotita, caprichosa y coqueta, dando un rebote en el piso, devolvióse a sus manos tan ágil y tan presta que apenas si tuvo tiempo de tomarla en el aire y correr a ocultarse con ella en la esquina más oscura de la celda, como el que ha cometido un crimen.

Poco a poco se apoderaba del santo hombre un deseo loco de saltar y saltar como la pelotita. Si su primer intento había sido devolverla, ahora no pensaba en semejante cosa, palpando con los dedos complacidos su redondez de fruto, recreándose en su blancura de armiño, tentado de llevársela a los labios y estrecharla contra sus dientes manchados de tabaco; en el cielo de la boca le palpitaba un millar de estrellas...

—¡La Tierra debe ser esto en manos del Creador!—pensó.

No lo dijo porque en ese instante se le fué de las manos —rebotadora inquietud—, devolviéndose en el acto, con voluntad extraña, tras un salto, como una inquietud.

—¿Extraña o diabólica?...

Fruncía las cejas—brochas en las que la atención riega dentífrico invisible— y,

tras vanos temores, reconciliábase con la pelotita, digna de él y de toda alma justa, por su afán elástico de levantarse al cielo.

Y así fué como en aquel convento, en tanto unos monjes cultivaban las Bellas artes y otros las Ciencias y la Filosofía, el nuestro jugaba en los corredores con la pelotita.

Nubes, cielo, tamarindos... Ni un alma en la pereza del camino. De vez en cuando, el paso celeroso de bandadas de pericas domingueras comiéndose el silencio. El día salía de las narices de los bueyes, blanco, caliente, perfumado.

A la puerta del templo esperaba el monje, después de llamar a misa, la llegada de los feligreses, jugando con la pelotita que había olvidado en la celda. ¡Tan liviana, tan ágil, tan blanca!, repetíase mentalmente. Luego, de viva voz, y entonces el eco contestaba en la iglesia, saltando como un pensamiento: ¡Tan liviana, tan ágil, tan blanca!... Sería una lástima perderla. Esto le apenaba, arreglándose para afirmar que no la perdería, que nunca le sería infiel, que con él la enterrarían... tan liviana, tan ágil, tan blanca...

¿Y si fuese el demonio?

Una sonrisa disipaba sus temores: era menos endemoniada que el Arte, las Ciencias y la Filosofía, y, para no dejarse mal aconsejar por el miedo, tornaba a las andadas, tentado de ir a traerla, enjuagándose con ella de rebote en rebote... tan liviana, tan ágil, tan blanca...

Por los caminos—aún no había calles en la ciudad, trazada por un **teniente para anorar**—llegaban a la iglesia hombres y mujeres ataviados con vistosos trajes, sin que el religioso se diera cuenta, arrobado como estaba en sus pensamientos. La iglesia era de piedras grandes; pero, en la hondura del cielo, sus torres y cúpula perdían peso, haciéndose ligeras, aliviadas, sutiles. Tenía tres puertas mayores en la entrada principal, y entre ellas, grupos de columnas salomónicas, y altares dorados, y bóvedas y pisos de un suave color azul. Los santos estaban como peces inmóviles en el acuoso resplandor del templo.

Por la atmósfera sosegada se esparcían tuteos de palomas, balidos de ganados, trotes de recuas, gritos de arrieros. Los gritos abríanse como lazos en argollas infinitas, abarcándolo todo: alas, besos, cantos. Los rebaños, al ir subiendo por las colinas, formaban caminos blancos, que al cabo se borraban. Caminos blancos, caminos móviles, caminitos de humo para jugar una pelota con un monje en la mañana azul...

—¡Buenos días le dé Dios, señor!

La voz de una mujer sacó al monje de sus pensamientos. Traía de la mano a un niño triste.

—¡Vengo, señor, a que, por vida suya, le eche los Evangelios a mi hijo, que desde hace días está llora que llora, desde que perdió aquí, al costado del conven-

to, una pelota que, ha de saber su merced, los vecinos aseguraban era la imagen del demonio...

(...tan liviana, tan ágil, tan blanca...)

El monje se detuvo de la puerta para no caer del susto, y, dando la espalda a la madre y al niño, escapó hacia su celda, sin decir palabra, con los ojos nublados y los brazos en alto.

Llegar allí y despedir la pelotita, todo fué uno.

—¡Lejos de mí, Satán! ¡Lejos de mí, Satán!

La pelota cayó fuera del convento.—fiesta de brincos y rebrincos de corderillo en libertad—, y, dando un salto inusitado, abrióse como por encanto en forma de sombrero negro sobre la cabeza del niño, que corría tras ella. Era el sombrero del demonio.

Y así nace al mundo el Sombrerón.

Miguel Angel Asturias

Lector: hágase de un ejemplar de *Leyendas de Guatemala*. Con el Admor. del Rep. Am. Lo consigne a ₡ 3.00.

Historia del Sombrerón...

(Viene de la página 43)

riqueza y le gustaba echar piernas y quedar bien. Sin hacer caso de las condiciones impuestas, regaló una mula magnífica al cura, que se la agradeció infinito y ponderó mucho la generosidad del señor don Juan. Al día siguiente se le apareció el Sombrerón, entre oscuro y claro, y le dió una paliza que le dejó medio muerto. Llegaron sus criados, le levantaron y estuvo un mes en cama, diciendo que se había caído del caballo.

Don Juan de Orena vivió contento y feliz durante los tres años, ocupando los días y las noches en jugar, comer, beber y cortejar; pero cuando se le iba acercando el plazo fatal, comenzó a entristecerse y a discurrir cómo haría para dejar burlado al Sombrerón. Por más que hacía, le era imposible hallar arbitrio para salir de aquel atolladero. Por fin, después de mucho cavilar, dispuso entregar al enemigo un pastorcito que cuidaba los ganados. El Sombrerón sabía más que el español y dijo que le tomaba a cuenta y prorrogaba el plazo por seis meses más. Contento don Juan, volvió a comer, beber, reír y divertirse;

pero el tiempo pasó y al fin llegó a cumplirse el nuevo plazo. Una noche, don Juan había apurado docena y media de botellas y estaba cantando y fumando muy alegre, encerrado en la sala de la casa de la hacienda. De repente sintió que le ponían una mano sobre el hombro y fué como si le hubiesen arrimado una plancha ardiendo. Volvió la cara espantado y se encontró con el Sombrerón. Tuvieron una gran disputa, y el resultado fué que todos los arrendantes, mozos y criados oyeron un gran trueno, y habiendo salido a ver lo que causaba aquel ruido extraño, pues no había la menor señal de tempestad, vieron por el aire a don Juan, a quien se llevaba el Sombrerón, tirándole por los cabellos. Corrieron a la sala; pero ya todo había cambiado, no quedando más que el mismo rancho miserable del español. Al siguiente día habían desaparecido las sementeras y el molino, y muchos vieron al Sombrerón que iba arreando el ganado, hasta no dejar una sola res. Las tierras aparecieron cubiertas de ceniza y azufre, que hasta el día están así.

José Milla

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Estampas

‘No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía’, declaraba ayer el cubano José Martí.

“Los crímenes de Machado son nuestros crímenes”, declara hoy el saxoamericano Carleton Beals.

= Colaboración directa =

Está Martí luchando por la libertad de Cuba. Una empresa periodística norteamericana ofrece a la revolución la publicidad de su diario. Martí da las gracias y dice en elogio de la nación que edita un órgano con una preocupación acogedora tan grande: “No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía”. Manera varonil de darle majestad al aprecio por una nación que en 1895 consideraba necesaria y justa la libertad de Cuba.

Quedó la expresión de Martí para inspirar a un pueblo normas de decoro. Pero ese pueblo se ha entregado al poder de una casta imperialista que lo separa del camino que conquista la estimación de otros pueblos. La casta sólo desata sobre él odios y protestas. ¿Cómo ha honrado el juicio del cubano visionario? Creando sementales para tiranías.

Un escritor norteamericano, Carleton Beals, vuelve conmovido y severo sus ojos a Cuba y lanza esta acusación tremenda: “Fué llevado a la Presidencia (Machado) por Mr. Hi Whalen Catlin en nombre de la Electric Bond and Share Company y otros poderosos intereses norteamericanos. Es el niño mimado del National City Bank y del Chase National Bank. Su gobierno sanguinario ha sido sostenido activamente por Coolidge y Hoover con ayuda del Embajador Gugenheim. Los crímenes de Machado son nuestros crímenes. La sangre que ha derramado está sobre nuestras manos. Nosotros, como nación, fuimos responsables por la libertad de Cuba”. (*Common Sense*, New York City, N° 2, diciembre 29, 1932).

La expresión de Martí sólo queda como idealidad. Cuba padece horriblemente los males de los sementales de tiranías. Los Estados Unidos tienen la responsabilidad de la desgracia cubana. De esta vez no es voz hispanoamericana la que oye la organización imperialista del Norte condenándola en forma implacable. No podrá decir que es antiyanquismo. Pura voz yanqui es la que acusa. Este artículo de Beals (*The Crime of Cuba*) tiene que conmover a las conciencias honradas del Norte. No pasará sin dar algún fruto de bien. Cuba es campo trágico precisamente de los sementales que Martí pretendió alejar de la nación que le ofrecía publicidad a la revolución. Comprendió Martí que un semental para la tiranía creado en la entraña de la plutocracia imperialista sería cosa monstruo-

sa. Bestia implacable desatada sobre un pueblo. Alentada por todos los ímpetus avasalladores no tendría principios ante los cuales retroceder. Por esto se adelantó a celebrar que no había nacido el semental. Pero la realidad es sombría. Lo que a Cuba aflige por causa de los gobiernos que son en los Estados Unidos instrumentos de la plutocracia, es padecer humillante. No ha podido callarlo un norteamericano. No podrán callarlo estos pueblos por indiferentes que se muestren al sufrimiento ajeno.

Ya, al hablar de Cuba, con decir machadato está expresado un régimen sin limitación de medios para la destrucción y el latrocinio. Pues el machadato cobra fuerza y se hace invencible porque el Departamento de Estado lo protege y lo alienta. El escritor Beals da testimonios aterradores: “El 19 de mayo de 1930, por órdenes emanadas personalmente de Machado, como lo admitió públicamente, las tropas dispersaron la reunión política de Artemisa celebrada por el Partido Nacionalista, matando e hiriendo a hombres, mujeres y niños reunidos pacíficamente. Al día siguiente, 20 de mayo, el Embajador Gugenheim se sentaba al lado de Machado en un banquete en Santa Clara, y refirió la prensa que había aplaudido cuando Machado afirmó que “antes de abandonar la Presidencia de la República, inundaré en sangre la isla”. Además, se cuenta que oyó con complacencia cuando Machado declaró: “Mi gobierno es honrado y justo, y aquí a mi lado tengo al Embajador americano para atestiguarlo”.

No puede ser polvo de mentira lo que lance a los vientos de la publicidad el escritor Beals. El gobierno de su nación prolongó el poder hasta Cuba y allí amparando intereses de la banca y de la industria deja que un demente convierta la función grande de gobernar en azote sangriento. El Embajador Gugenheim es un agente de la banca norteamericana. No puede hacer otra cosa que servir ciegamente a su casta. El National City Bank y el Chase National Bank son dos poderosas organizaciones bancarias que tienen puesta la garra dura sobre Cuba. Esas organizaciones dieron, según Beals, el mando a Machado. Y Machado es el sumiso de ellas. También lo es de la Electric Bond and Share Company y de todas las que consideran a Cuba como factoría norteamericana. Las funciones del Embajador Gugenheim son miserables, porque dejaron de ser funciones al ser-

vicio de un pueblo para ser actor de servilismo. No puede el espíritu independiente usar el término blando para comentar sucesos en los cuales aparece con tanta iniquidad el crimen. Cuba no merece esa suerte. Y menos deberla a los Estados Unidos, pueblo en quien Martí quiso encontrar un resguardo de la libertad. Pero se derrumbó la profecía del libertador cubano y un semental de la tiranía ocupa la Embajada Norteamericana.

Los intereses bancarios e industriales norteamericanos han hecho del machadato un aliado para conquistar todo el poder económico de Cuba. El machadato procede sin vacilaciones cuando le llega el mandato de sus sostenedores. Y tiembla y sufre cuando uno de ellos desaparece. Cuenta Beals que vió a Machado enfermo al saber que había muerto Catlin el del trust eléctrico. Y por la noche de ese día le mataron a Vásquez Bello, su doble en la tragedia cubana. Dos golpes decisivos para aquel semental de la tiranía. “Machado—relato de Beals—se paseaba en su aposento en ropas menores, dando órdenes. A las pocas horas algunos de los hombres más honorables y respetados en la vida de Cuba que habían cometido la temeridad de oponerse a Machado, hombres que no tenían nada que ver con la muerte de Vásquez Bello, eran barridos por la porra secreta de Machado, o banda de asesinos”. Cosa terrible. Y pensar que son los Estados Unidos, la nación fuerte, la que está haciendo una conquista grande en la civilización, la que está por detrás de ese sangriento drama.

Pero son muchos los sucesos abominables contados por el escritor yanqui para conocimiento del mundo. Oigamos otro terrible: “Aquella tarde tenía yo una cita con Leopoldo Freyre de Andrade, una autoridad en las cuestiones azucareras y un opositor del catastrófico plan azucarero Chadbourne, patrocinado por Machado y los bancos, el cual contribuyó a reducir a Cuba a la miseria económica. Mi cita fué con un muerto. Antes de la puesta del sol, no solamente Leopoldo, sino sus dos hermanos Gonzalo y Guillermo, yacían en un charco de sangre en el segundo piso de su casa del N° 13 Calle B. Los pistoleros de Machado habían volado en un automóvil a la estación de policía adyacente a la casa de los Freyre y de allí rondaron la esquina de la residencia. Forzaron luego la entrada y cegaron las vidas de los tres hermanos. La policía, puerta de por medio, lo bastante cerca para oír todos los disparos, retardó un cuarto de hora su aparición”.

Son hechos inconcebibles en los tiempos que va viviendo el mundo. Y sin embargo ocurren, como tenemos dicho, en un crucero de la civilización. Y para vergüenza mayor con la aprobación de los hombres que gobiernan a los Estados Unidos. Beals comenta esa responsabilidad: “Mi amigo Leopoldo fué una víctima de Machado y de los bancos que habían fraguado el plan azucarero de Cuba,

Su sangre tiñe también la cabeza del Embajador Gugenheim y a nuestro Departamento de Estado y a todo ciudadano que no proteste". De modo que no es ya la voz antiyanquista la que acusa. No pueden escucharla los hombres del imperio con indiferencia. Es voz que acen-túa bien el cargo. Trabaja en la conciencia de algunas gentes que no se han vuelto miserables por la acción del imperialismo. Hay que aguardar que trabaje para librar a Cuba de tanto crimen.

Crimen del machadato y crimen del Departamento de Estado. No olviden que estamos escribiendo con datos suministrados por un escritor yanqui. No lo olviden los que quieran adoptar la actitud cómoda de juzgar antivanquismo, esta acusación espantosa. No es antiyanquismo lo que en esta hora de tragedia para Cuba sale de los corazones movidos por los relatos conmovedores. Es obra de justicia lo que queremos hacer. Levantemos el clamor colectivo. No necesitamos decir nada más que la expresión machadato y resumimos un régimen sombrío. Contra el machadato hay que batallar, pero no en Cuba, sino en los Estados Unidos. No apuntemos nuestra protesta a la isla. Ya sabemos que lo que en ella ocurre tiene su amparo en los hombres del Departamento de Estado. Torear la fiera, el semental de la tiranía, no tiene significación grande. Desenmascarar al Departamento de Estado con las propias acusaciones de los escritores yanquis. Cuando éstos quieren combatir las iniquidades de sus gobernantes son severos. Aprovechemos hoy a Beals y repitamos este otro suceso abominable: "Para mantener inerte a Cuba bajo semejante criminal tiranía, Machado, aunque no puede pagar los maestros, tiene permiso de comprar armas en gran cantidad y municiones en los Estados Unidos. Mientras me encontraba en Cuba entró un gran cargamento de ametralladoras... Los opositores de Machado no pueden comprar un arma. Se les dispersa y arresta en nuestro país". Es decir, se desarma a un pueblo para presentarlo sin peligro al criminal. Lo desarman los Estados Unidos y arman al machadato, el instrumento del imperialismo. Volvamos a cada instante sobre estos hechos para convencernos de que la lucha hay que librarla contra el imperialismo. El machadato es una prolongación del imperialismo. A Cuba la necesitan factoría los banqueros y los industriales. Y para reducirla a factoría, categoría infeliz en la clasificación imperialista, le matan su libertad. Al machadato lo estimulan y lo sostienen en el mando, porque es el medio mejor de nivelar a Cuba. Matando toda inteligencia que delibere se acaba con la nacionalidad. Los estudiantes son el Cuba las voces más difíciles de apagar. Pues los estudiantes no tienen universidad y son víctimas de la cárcel o del asesino. En cualquier esquina la pandilla los acribilla a balazos.

Si queremos salvarnos de las iniquidades del imperialismo tenemos que ayu-

dar a Cuba. La tarea es urgente. No pensemos que es suceso aislado la destrucción de la nacionalidad cubana. Cuando logren realizar el exterminio en la isla aplicarán el método del machadato en todos estos países. El imperialismo quiere expansión. Cuando no se la permiten impone el machadato. Fácil es para el Departamento de Estado encontrar las figuras para tiranizar. La expresión de Martí hay ahora que cambiarla y decir que son los Estados Unidos la nación en donde los hombres buscan sementales de la tiranía. Dominada esa nación por poderes brutales de conquista, arma todas las organizaciones que le den el dominio. No le importa sino el dominio. El banquero y el industrial quieren campo para sus operaciones. Y campo exclusivo. La

rivalidad no la conciben ni la admiten. Nuestros países son buenos en cuanto ofrecen mercados y materias primas. Para que no estorbemos la posesión de esas ventajas cuando nos volvemos vigilantes y sabemos afirmar el valor que tienen nuestros propios recursos económicos, nos mandan sementales de la tiranía. Mas, si en la batalla contra el imperialismo no olvidamos que a veces aparecen yanquis severos que lanzan contra sus Gobiernos acusaciones formidables, podremos aprovecharnos de muchas armas que aseguran ventajas ciertas. Difundimos parte del artículo de Carleton Beals, porque es revelador del sentimiento de justicia que surge del alma norteamericana no podrida por el satanismo imperialista.

Juan del Camino

Costa Rica y enero de 1933.

El alma de las palabras

= Envío del autor =

¿Se entristecerán los lectores de Repertorio? Aquí estamos de nuevo. Peregrinos dichosos, fuimos por esos campos de Dios durante este tiempo en que silenciamos. Hoy, primero de enero de mil novecientos treinta y tres, nos proponemos nueva vida, y con placer volvemos a despistojarnos sobre libros apolillados. Si la llegada del nuevo año nos hace volver a nuestro deleite, para martirio de los lectores de Repertorio y del paciente don Joaquín, justo es que pensemos en este nuevo año o, como todos son iguales, en cualquier año. Dediquemos un minuto a saber qué significan los nombres de los meses.

Enero: es el latín *januarius*. Jano, el más antiguo rey del Lacio, brindó generosa acogida a Saturno, desterrado del cielo. Agradecido, el dios dotó a Jano del poder de tener presente ante sus ojos al pasado y al porvenir. La imagen de Jano tenía dos caras dirigidas en direc-

ciones opuestas, una hacia el porvenir y otra hacia el pretérito. Jano era algo así como un límite. La puerta que es como el límite entre lo de dentro y lo de fuera, llamóse en latín *janua*, y *januarius*, enero, no es otra cosa que la puerta del año.

Febrero: en latín *februarius*, es el mes de los sacrificios. *Februa* significó sacrificio expiatorio.

Marzo: como quien dice marciano o marcial, lo propio de Marte o de la guerra.

Abril: latín *aprilis*; es contracción de *aperilis*, derivado de *aperire*, abrir. Era el segundo mes entre los romanos; pero, acaso fué el primero en alguna época?

Mayo: no estamos seguros de su etimología. Quizá venga de *Maya* (Maja) hija de Atlas, madre de Mercurio, una de las siete pléyades.

Junio: latín *Junius*, de Juno, hija de Saturno y esposa de Júpiter. Diosa del matrimonio.

Julio: latín *Julius*, nombre de la familia de César.

Agosto: latín *Augustus*, nombre del emperador romano, que a su vez deriva de *augere*, aumentar.

Setiembre, o septiembre: latín, *september*; de *septem*, siete. Era el séptimo mes, así como

Octubre: *october*, de *octo*, ocho; desde luego era el octavo mes, como también

Noviembre, november, de *novem*, nueve, era el noveno, y

Diciembre, december: derivado de *decem*, diez, era el décimo.

Crisóstomus

Bella Vista, 1.º de enero de 1933.

INDICE



OBRAS DE FEDOR DOSTOIEWSKI

(Pasta):

<i>La tímida.—El Arbol de Navidad celestial.—Marey el Mujik.—El cocodrilo.—Bobok</i>	3.50
<i>El sueño del tío</i>	3.50
<i>Los hermanos Karamazov.</i> (4 Vols.)...	12.00
<i>El eterno marido</i>	3.50
<i>El jugador</i>	3.50
<i>El idiota.</i> (3 Vols.)	9.00
<i>Un pequeño héroe.—Un trance difícil</i>	3.50
<i>Un adolescente.</i> (2 Vols.)	7.00
<i>Crimen y castigo.</i> (2 Vols.)	7.00
<i>La aldea de Stepanchikovo y sus moradores</i>	3.50

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

Ventura García Calderón y...

(Viene de la página 40)

todo lo accesorio y el que se fija tan sólo en lo típico y fundamental—; la verdad es que el hechizo reside también en algo ajeno al estilo, en el propio contenido, en la narración y descripción de un ambiente extraño y trágico, lleno de contrastes tremendos, así en el plano físico como en lo espiritual. De aquí el exotismo profundo de la obra de Ventura García Calderón.

Encontramos, además, en estos *Cuentos* un elemento más, un sentido hondo y punzante de lo oculto, del misterio, y él es lo que a menudo sobresale en ellos, que le da cumbre a la narración. Cual un veneno aleve y sutil, lo oculto flota donde quiera: en las viviendas humanas, en la espectral paramera andina, en la naturaleza fantasmagórica de la sierra, en donde hasta las mariposas pueden llevar el hombre a la muerte. Es lo oculto, el misterio, o mejor dicho, la sugestión del

misterio, capciosamente difundida o destilada por el narrador en sus páginas, lo que pone un sello de trágico y desconcertante primor a estos cuentos peruanos.

Por sus recias cualidades de narrador, de evocador del medio ambiente, de maestro de "Volkerpsychologie" aplicada a la literatura, alguien llamó ya a Calderón el Kipling de América, cosa en que no estamos conformes. Por más que se esfuerce en disfrazarse de indiano, por más que ahonde de veras en el alma de India, Kipling traiciona a menudo su naturaleza de extranjero, de dominador, lo que le aleja espiritualmente de la narración. Mientras que en Ventura García Calderón adviértese algo así como el ensamble perfecto de las dos razas antitéticas y cohabitantes del Perú. Por eso, el que escribe este artículo le llamó en otra ocasión "il peru-

viano integrale"; por eso Calderón pudo revelarnos en sus cuentos, a la par que el trágico conflicto, la secular colusión entre dos razas antagónicas entre sí, las pasiones y los prejuicios, el alma íntima, en suma, de cada una de las dos. He aquí que por adjuntarse este elemento tan hondamente humano el ya recio contraste geológico, físico, entre la montaña desamparada, seca, estéril, y la sierra rebosante de vida, llénase la obra de un intenso patetismo también.

Belleza y verdad artística de los cuentos aparte, no cesa de asombrarnos el hecho de haberlos escrito Ventura García Calderón, quien por vivir desde muchos años en París, se nos antojaba el menos adicto para ello, ya que la "Ville Lumière" es el más formidable filtro del olvido para todo cuanto no sea ella misma... Ha ocurrido, pues, el hecho, hartamente raro, de un escritor, el cual, pese a la distancia enor-

me entre su tierra y la por él adoptada, pese a la memoria aparentemente tan vaga de esa tierra, después de tantos años de ausencia, pese a todo, intuye de golpe—y con cuán alucinante poder de evocación!—su drama, el drama de su naturaleza y el de los hombres, y lo fija para siempre en algunas páginas magistrales.

Es ésta, creemos, una lección de americanismo práctico, además de literario, que quizá no quede sin provecho para los escritores de América. En cuanto a Ventura García Calderón, gracias les sean dadas, porque le debemos, los amantes de la América hispana, un manojo de cuentos que, además de antojársenos reflejo poderoso y fiel de un trozo de tierra y vida americana—como queda dicho—, nos revelan a un gran escritor que América puede cuando quiere oponer a nuestra vieja Europa.

Piero Pillepich

Fiume y mayo de 1932.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Del Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala, el escritor Rafael Arévalo Martínez, hemos recibido una obra ejemplar:

Catálogo de la Biblioteca Nacional. Arreglado conforme a la Clasificación Decimal Universal del Instituto de Bibliografía de Bruselas. Guatemala 1932.

Del profesor Francisco Romero (Charcas 4734. Buenos Aires, Rep. Argentina) nos llega este folleto:

Vieja y nueva concepción de la realidad. Buenos Aires, 1932.

De los autores:

Eduardo Samaniego y Alvarez: *Tragedia del frente económico.* Relaciones entre el capital y el trabajo. Quito 1932. *Mi visión de la selva. Carta.* Quito. Ecuador. 1932.

Primitivo Herrera: *Honduras Lírica.* Tegucigalpa. 1932.

Lorenzo Turrent Rozas: *Hacia una literatura proletaria.* «Ediciones integrales». Xalapa. Ver. México.

Con el autor: 4.ª de Juárez 24. Xalapa, Ver. México.

José de la Cuadra (Guayaquil, Ecuador): *Horno.* Cuentos. Guayaquil. Ecuador.

Clemente López Trujillo («Diario del Sureste». Mérida. Yucatán. México): *Feria de Frutas* y otros poemas. 1932. Mérida. Yucatán. México.

salido esta obra del insigne novelista chileno Manuel Rojas:

Lanchas en la Bahía. Prólogo de Alone.

TECNICA LITERARIA

Tamayo Rubio, Juan: «Teoría y técnica de la literatura». Segunda edición. Madrid, 1932.

La historia profesional de Juan Tamayo Rubio, director del Instituto Cervantes de Segunda Enseñanza, se adorna, en efectividad y promesa, de trabajos llenos de discreción y de finura. Es hombre que gusta de armonizar una severa formación de clásicos con una inquieta curiosidad de modernos. En ninguna de sus obras, empero, toma esta doble actitud suya aires de crisis y de combate, como en esta «Teoría y técnica de la literatura», cuya segunda edición acaba de salir a la luz. Nunca como ahora, efectivamente, se plantearon a su pluma tantos problemas de coordinación de puntos distantes. Quien piense que este libro anda—en cuanto al género—por la trayectoria famosa de Coll y Vehí, y que, de una manera nueva, intenta conocer los problemas que se llamaron de retórica y poética, se dará cuenta del esfuerzo de renovación que supone este libro. Libro que, naturalmente, supera en ambiciones directrices a sus precedentes, e incluye, con visión moderna, temas de lingüística y didáctica hasta hoy no vulgarizados.

Además—y esto es muy interesante—se esfuerza en subrayar todo lo que hay de histórico—de olvidable para un técnico—en algunos temas. Llega adonde puede llegar, en un manual de este tipo; donde su noble inquietud le empuja. Otra actitud más revolucionaria no estaría en consonancia con su personalidad. Baste con que notemos la flexible modernidad de su estilo, lo abierto de su ideario. Poética nueva, con ejemplos de García Lorca y textos de Ortega y Gasset.—*Guillermo Díaz Plaja.*

(Luz. Madrid)

La Unión Panamericana acaba de publicar en el Boletín oficial de esta Institución un trabajo titulado «La Palma de Aceite como industria lucrativa», por el Dr. J. C. Th. Uphof. Este estudio ha sido reimpreso en forma de folleto bajo el N.º 84 de la Serie de impresos sobre Agricultura que publica la Unión Panamericana. La información contenida en este escrito es de utilidad para todos los que tengan interés en el cultivo y en la industria de esta importante palma. Los que deseen recibir copias de este folleto pueden dirigir su solicitud a la Oficina de Cooperación Agrícola, Unión Panamericana, Washington, D. C., Estados Unidos de América.

P.—¿Existe algún libro, no muy extenso, y lo más sencillo posible, sobre el origen y fundamento de las religiones y la idea de Dios?

R.—Cualquier filosofía de las religiones o tratados de religión natural. De momento tenemos aquí algunas notas, que le copiamos: «Elementos para una filosofía de la religión», por Otto Grumaler, Madrid, 1926; Auguste Sabatier, «Esquisse d'une philosophie de la religion d'après la psychologie et l'histoire», París, sin año; Paul Natorp, «Religion y humanidad», Madrid, 1914; una obra relativamente moderna, en alemán, de Max Weber, «Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie», Tübingen, J. C. B. Mohr, 1922, tres volúmenes; Arthur James Balfour, «L'idée de Dieu et l'esprit humain», París, 1916; Lagneau, «De l'existence de Dieu», París, 1925; Felix Le Dantec, «L'Atheisme», París, 1906; la conocida de Flammarion, «Dieu dans la nature»; la de Kant, «La religión en los límites de la razón». Vea los «Estudios críticos sobre filosofía y religión», de D. Juan Valera, y «La religión como hecho social», traducción española de «Dieu et l'agnosticisme contemporain», por Georges Michelet, Madrid, y «Religione e religioni», traducción italiana de la de Otto Pfeiderer, Torino, 1910. Cualquier manual de Psicología moderno trae un capítulo dedicado a la formación de la idea de Dios en el espíritu.

(Luz. Madrid)

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

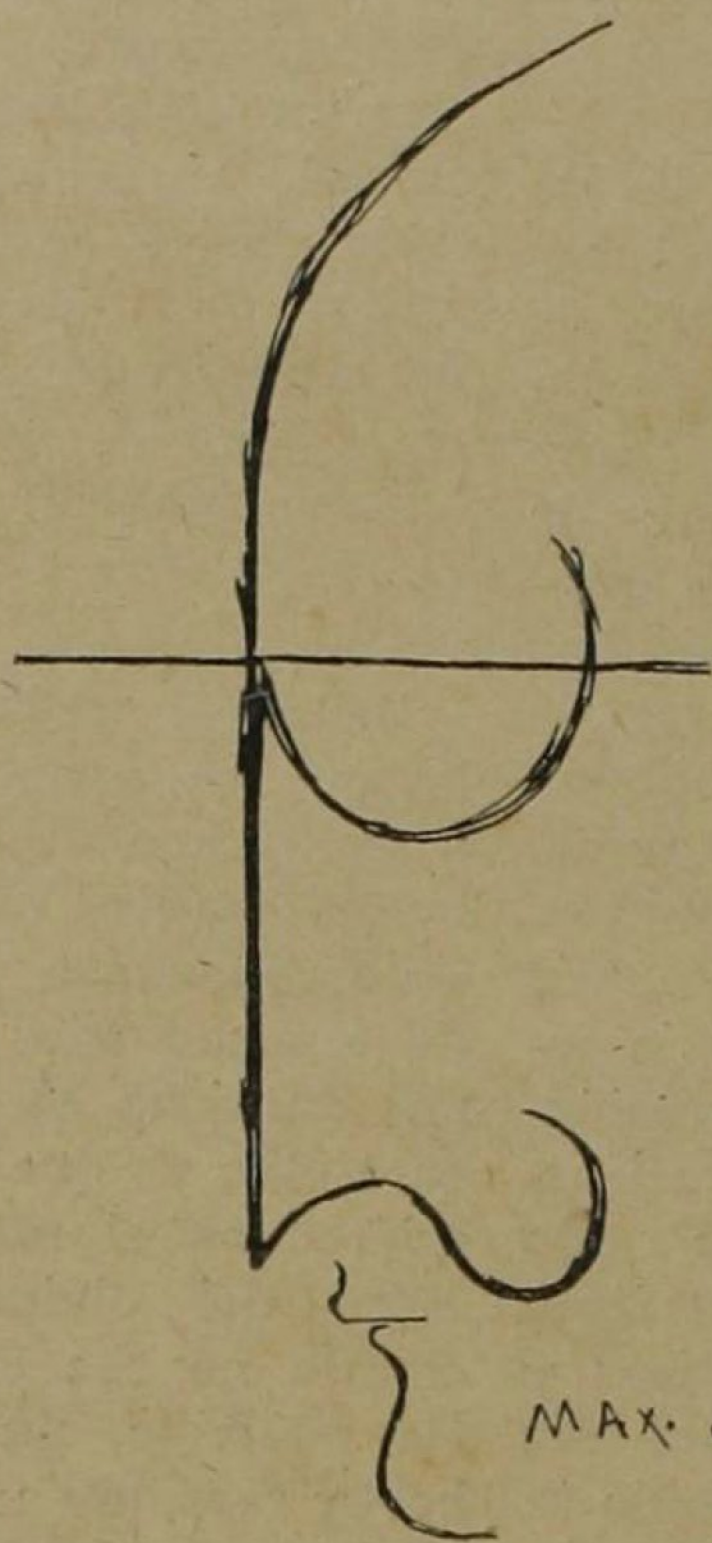
En la «Colección de Autores Chilenos», de la «Empresa Letras» que en Santiago de Chile dirige Amanda Labarca H., ha

¿Por qué traduje “Leyendas de Guatemala”?

= Envío del autor. París =

La lectura de “Leyendas de Guatemala” de Miguel Angel Asturias me entusiasmó a tal punto que sin saber si el autor me daría la autorización, o si la había ya dado a otro, me precipité (la palabra no es muy fuerte) a hacer la traducción. Y no fué sino a medio andar mi trabajo que, vuelto en sí, llené la formalidad de escribir al autor, el cual me autorizó con la mejor buena voluntad. Algún tiempo después conocí a Miguel Angel Asturias personalmente y recuerdo hasta que punto me sorprendió la analogía de su cara y de toda su persona con su arte. Era así como yo me imaginaba a Asturias: ardiente, grave, como consumido por el fuego interior del lirismo e iluminado por no sé qué luz venida del fondo de las edades.

A pesar de ser un libro corto, yo conceptué “Leyendas de Guatemala” como un gran libro, una obra que perdurará por la belleza de su lenguaje y la asombrosa originalidad de sus imágenes. Sin querer (pero no sin saberlo porque su arte es muy consciente) Asturias se sitúa con movimiento fácil y fatal dentro de la tradición religiosa y poética a que se debe el “Popol-Vuh” libro que él tra-



MAX JIMENEZ

M. A. Asturias

Visto por Max Jiménez

dujo al español. Y es así como naturalmente él ve las cosas en el plano superior en que se colocan los pueblos primitivos. Ni detalle, ni anécdota. Lo esencial. Una conciencia prodigiosamen-

te intuitiva de la colaboración de la naturaleza con el hombre. Un sentido mágico del Universo. Una especie de terror pánico mezclado a un sentimiento religioso. Y es aquí donde se siente que el hombre no está solo sobre la tierra, sino rodeado de fuerzas sin medida, aplastantes, y que no puede conservar su lugar sin combinarse con ellas. La invoca o las conjura. Jamás las olvida. No hay asomo de ironía en su cara seria. La sombra del Volcán-Todopoderoso lo domina.

Yo traduje este bello libro con mucho amor y con cierto miedo. Su aparente facilidad está llena de emboscadas. Como todos los textos perfectos no se deja asir de primera intención. Es necesario en cierto modo traducir su primera traducción. Pero Asturias quedó satisfecho y no tengo por qué aparentar modestia alguna.

No quiero concluir estas líneas sin decir que todos los escritores españoles que han tenido en sus manos el original de Asturias están de acuerdo en proclamar que es una obra maestra de la literatura actual. Yo lo había adivinado, y esta confirmación me es preciosa.

Francis de Miomandre

Visperas

El desequilibrio de las finanzas norteamericanas afectará profundamente la vida política y económica de la América Central. Los sin trabajo, que pronto serán en los Estados Unidos más de quince millones, hombres con hambre de pan, formarán el contrapeso de los sin patria, que somos todos los de la llamada zona canalera, hombres con hambre de justicia.

La situación cada vez más grave porque atravesamos—estas son las visperas de una segunda independencia—espanta a los que tomando por autoridad la complicidad con el capital extranjero y el filo de las bayonetas, ven los fenómenos de reacción como debilitamiento del famoso principio de autoridad y como indicio del espíritu volcánico-anárquico de nuestros pueblos. El verdadero ciego es el que no quiere ver. Además, ya se sabe que Dios los ciega cuando... Nada de reacción por influencia de doctrinas extremistas: puro y simple debilitamiento del principio de autoridad “manu-militari” y “manu-wall-street”. Otras autoridades vendrán emanadas de los pueblos, sin intervención extraña, y éstas sí serán respetadas.

En presencia de ese mañana que ya pinta, cada vez se ve más clara la liberación del yugo imperialista. ¿Cuál debe ser la actitud

de los que todavía piensan en nuestros países? ¿Cómo lograr la acción conjunta contra nues-

El Pireo

Confín en nube hueca
de olivar y pueblo blanco. Anzuelo
de colinas y suelto de palomas
en el aire.

Primera rosa destinada al viento
por las espinas.

Verde el amarillo
en las ramas trepadoras del mar,
y el añil más añil junto a la nube
y a la vela,
y a la par de la sombra, como fuego
en la colmena de islas del Egeo,
el revuelo del crepúsculo zángano...

Vecindad de la tierra, cantimplora
marinera, mujer en fresquedal...
Fruñen los dedos de los remos
el nuplo de agua próximo a la costa,
y el mar se hace mirada ante el Acrópolis,
mercancía de luna en barco de algas.

Miguel Angel Asturias

Pireo, 1930.

tro común enemigo: el capital yanqui? ¿No sería tiempo de preparar un plan? ¿Vamos a esperar que los acontecimientos, como nos pasa siempre, nos avisen a golpes lo que sucede?

¿Cabría hacer una encuesta al respecto entre los lectores de Repertorio Americano?; yo se que a todos nos preocupa ya este problema.

Miguel Angel Asturias

París, 1932.

¿Querían los escritores que en nuestra América «todavía piensan» plantearse el problema que presenta el perspicaz y vigilante guatemalteco Asturias?

Las columnas del Repertorio acogerían con gusto las soluciones que llegaran. Es un deber no guardar silencio en este caso, y en otros.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén
Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338